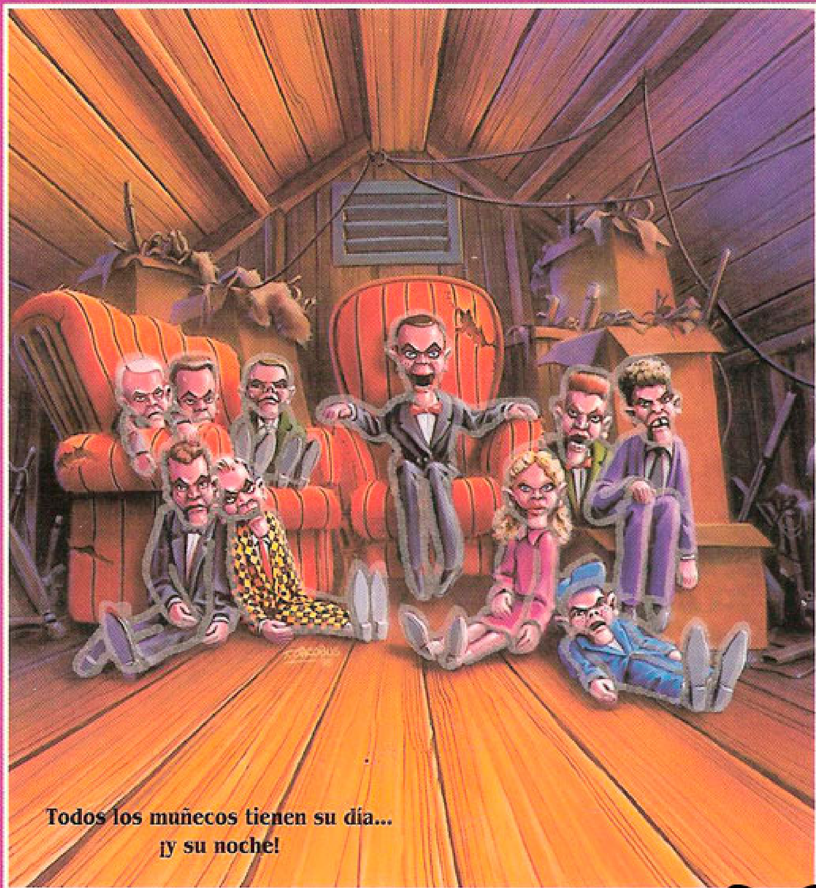
R·L·STINE

Pesadillas

La noche del muñeco viviente III



El padre de Trina O'Dell había sido ventrílocuo. Por eso tiene tantos muñecos en el desván que llama Museo de los Muñecos. Pero de pronto empieza a suceder algo sospechoso: se oyen voces en el ático y los muñecos aparecen una y otra vez en los sitios más extraños. ¡Como si estuvieran vivos!



R. L. Stine

La noche del muñeco viviente III

Pesadillas — 38

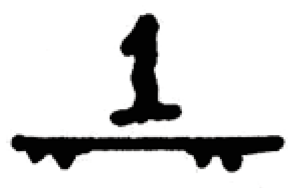
ePub r1.1

javinintendero 30.06.16

Título original: *Goosebumps #40: Night of the living dummy III*
R. L. Stine, 1996
Traducción: Sonia Tapia

Editor digital: javinintendero
Digitalización del texto: Rayul
ePub base r1.0





Las escaleras que suben a mi desván son estrechas y empinadas. El quinto escalón está suelto y se mueve al pisarlo, los demás crujen todos.

Bueno, la verdad es que toda mi casa cruje y resuena. Es un caserón enorme, tan viejo que se cae a pedazos. Mis padres no tienen dinero para repararlo.

—¡Trina, deprisa! —susurró mi hermano Dan. Sus palabras resonaron en el hueco de la escalera.

Dan tiene diez años y siempre va acelerado. Es bajo y muy flaco. Parece un ratón. Tiene el pelo corto y castaño, los ojos oscuros y la barbilla pequeña y puntiaguda. Y siempre anda correteando de un lado a otro como un ratón que buscara un sitio para esconderse. A veces lo llamo Ratón, como un apodo. A Dan no le gusta nada, de modo que sólo le llamo así cuando quiero hacerle rabiar.

Aunque somos hermanos, Dan y yo no nos parecemos nada. Yo soy alta, tengo el pelo rojizo y rizado y los ojos verdes. Estoy un poco gordita, pero mi madre dice que no me preocupe, que seguramente adelgazaré cuando cumpla los trece el próximo agosto.

En fin, el caso es que a mí nadie me llama Ratón. En primer lugar porque soy muchísimo más valiente que Dan. La verdad es que hay que tener valor para subir a nuestro desván, y no porque crujan las escaleras, ni porque sople el viento por las ventanas y estremezca todas las persianas. Ni siquiera por la oscuridad o el techo bajo y lleno de grietas.

No, lo que de verdad da miedo son los ojos. Docenas de ojos que

te miran en la oscuridad. Ojos que nunca parpadean, ojos que te miran en un silencio total y espeluznante.

Dan llegó al desván antes que yo. Oí que daba unos pasos sobre los chirriantes tablones del suelo y luego se detuvo. Yo sabía por qué: Estaba mirando los ojos, las caras sonrientes.

Subí de puntillas detrás de él y me acerqué a su oído.

—¡BUUU! —grité de pronto.

Ni se movió.

—Trina, mira que eres tonta.

—Más tonto eres tú —repliqué. Tengo que admitir que me gusta hacerle rabiar.

—¡Déjame en paz!

Yo le agarré el brazo y fingí que se lo iba a romper. Ya sé que es una bobada, pero mi hermano y yo siempre estamos haciendo el ganso. Mi padre dice que desde luego no hemos heredado de él el sentido del humor, pero yo creo que sí.

Mi padre tiene ahora una pequeña tienda de cámaras de fotos, pero antes era ventrílocuo. Actuaba con un muñeco y tenía un número que se llamaba «Danny O'Dell y Wilbur». Wilbur era el muñeco, por si no lo sabíais.

Danny O'Dell es mi padre. Mi hermano se llama Dan Junior, pero como no le gusta nada la palabra «junior» todo el mundo le llama Dan a secas. Menos yo, claro, cuando le quiero hacer rabiar de verdad.

—Alguien se ha dejado encendida la luz del desván —dijo mi hermano, señalando al techo, donde estaba la única lámpara.

El desván es una habitación enorme. Tiene ventanas a los dos lados, pero están tan llenas de polvo que apenas pasa luz. Dan y yo atravesamos la sala. Los muñecos nos miraban fijamente con sus enormes ojos inexpresivos. La mayoría sonreía, otros tenían la boca abierta y algunos tenían la cabeza caída y no se les veía la cara.

Wilbur, el primer muñeco de papá, el Wilbur original, estaba sentado en una vieja mecedora, con las manos sobre los reposabrazos y la cabeza apoyada en el respaldo.

Dan se echó a reír.

—¡Wilbur parece papá echando la siesta!

Yo también me reí. Con su pelo castaño corto, las gafas oscuras

y su sonrisa de bobalicón, Wilbur se parecía muchísimo a mi padre. La vieja chaqueta del muñeco, de cuadros negros y amarillos, estaba gastada y deshilachada, pero tenía la cara recién pintada y sus zapatos de cuero negro relucían. Se le había roto el pulgar de una mano, pero aun así estaba estupendo para ser un muñeco tan viejo.

Papá cuida bastante todos sus muñecos. Dice que el desván es su Museo de Muñecos. Tiene como unos doce dispersos por la sala y se pasa la mitad de su tiempo libre reparándolos. Los pinta, les pone pelucas nuevas, les hace trajes y pantalones y los ajusta por dentro para que las bocas y los ojos les funcionen bien.

Últimamente mi padre no se dedica mucho a la ventriloquia. A veces se lleva un muñeco a algún cumpleaños y hace un numerito para los críos. De vez en cuando también le invitan a actuar en la ciudad, en fiestas para recaudar fondos para el colegio o la biblioteca. Pero, por lo demás, los muñecos se pasan casi todo el tiempo aquí sentados, mirándose unos a otros.

Algunos están apoyados contra la pared, otros en el sofá y otros sentados en sillas plegables con las manos en el regazo. Wilbur es el único que tiene su propia mecedora.

Cuando Dan y yo éramos pequeños nos daba miedo subir al desván. A mí no me gustaba cómo me miraban los muñecos, y sus sonrisas me parecían diabólicas. A Dan le encantaba meterles la mano por detrás para moverles la boca y hacerles decir cosas de miedo.

—*¡Voy a por ti, Trina!* —gruñía Rocky, por ejemplo. Rocky es un muñeco con cara de malo que en vez de una sonrisa tiene Una mueca. Va vestido de matón, con una camiseta de rayas rojas y blancas y unos tejanos negros. La verdad es que da miedo—. *Esta noche iré a tu habitación, Trina. ¡Te cogeré!*

—¡Ya está bien, Dan! —exclamaba yo. Luego bajaba corriendo a decirle a mi madre que Dan me estaba asustando.

Entonces tenía ocho o nueve años. Ahora soy mucho mayor, pero la verdad es que todavía me da un poco de repelús subir aquí arriba. Ya sé que es una tontería, pero a veces me imagino que los muñecos se dedican a hablar entre ellos y se ríen.

En ocasiones, por la noche, cuando estoy en la cama, oigo crujir el techo. ¡Pasos! Me parece ver a los muñecos caminando por el

desván, haciendo ruido con sus enormes zapatones. O me los imagino peleándose en el sofá o jugando a la pelota con sus manos de madera.

Sí, ya sé, ya sé que es una tontería. Pero no puedo evitarlo. Se supone que deberían de hacerme gracia, pero la verdad es que me dan miedo. No me gusta nada cómo me miran sin pestañear. Y odio sus labios rojos congelados en una sonrisa.

Dan y yo subimos de vez en cuando al desván porque a mi hermano le gusta jugar con ellos y yo disfruto viendo cómo mi padre los arregla. Pero de todas formas no me hace ninguna gracia subir sola.

Dan cogió a la señorita Lucy, que es la única chica del grupo. Tiene el pelo rubio y rizado y los ojos azules. Mi hermano le metió la mano por la espalda y se la sentó en la rodilla.

—*Hola, Trina* —le hizo decir con una vocecilla aguda.

De pronto Dan se paró en seco, abrió la boca como si fuera un muñeco y señaló al otro lado de la habitación.

—¡Mi-mira, Trina! —exclamó—. ¡Mira!

Me di la vuelta bruscamente y vi a Rocky, el muñeco malo, que parpadeaba. Me quedé sin aliento. Rocky se inclinó hacia mí.

—*¡Voy a ir a por ti, Trina!* —gruñó.

2

Pegué un brinco y grité sobresaltada. Había dado media vuelta, dispuesta a salir corriendo, cuando Dan se echó a reír.

—¡Oye! —exclamé furiosa—. ¿Qué pasa aquí?

Entonces me giré y vi que papá se levantaba detrás de la silla de Rocky. ¡Su sonrisa era tan radiante como la del muñeco!

—¡Has picado! —dijo con la voz de Rocky.

Yo miré enfadada a mi hermano.

—¿Tú sabías que papá estaba ahí?

Dan asintió con la cabeza.

—Claro.

—¡Sois tontos los dos! —grité. Me eché atrás el pelo y lancé un suspiro de exasperación—. ¡No ha tenido gracia!

—Has picado —dijo Dan, sonriéndole a mi padre.

—¿Quién es el más tonto? —se oyó la voz de Rocky—. ¡Cabeza de serrín!

Dan se echó a reír, pero yo no.

—¡Eh, ven aquí! —insistió mi padre, con la voz de Rocky—. Ráscame la espalda. ¡Creo que tengo termitas!

Al final solté la carcajada. He oído ese chiste cien mil veces, pero sabía que mi padre no pararía hasta hacerme reír. Es un ventrílocuo muy bueno y nunca se le ve mover los labios, pero sus chistes son malísimos. Supongo que por eso dejó de actuar y abrió una tienda de cámaras de foto. Aunque no lo sé muy bien, porque todo eso fue antes de que yo naciera.

Papá dejó a Rocky en su silla. El muñeco se nos quedó mirando

con su mueca. Qué trasto más desagradable. ¿Por qué no podía sonreír como los demás ?

Mi padre se subió las gafas sobre la nariz.

—Venid —dijo—. Quiero enseñaros una cosa.

Nos cogió a mi hermano y a mí por los hombros y nos llevó al otro extremo del desván. Ahí es donde tiene su taller, con la mesa de trabajo, las herramientas y los recambios para arreglar los muñecos.

Papá sacó de debajo de la mesa una bolsa grande de una tienda. Por su sonrisa se adivinaba lo que había en la bolsa, pero no dije nada para no echarle a perder la sorpresa. Él metió la mano muy, muy despacio y de pronto sacó otro muñeco.

—¡Mirad, chicos! —exclamó.

Dejó al muñeco sobre la mesa y con mucho cuidado le desplegó las piernas y los brazos. Parecía un cirujano en plena operación.

—Me lo he encontrado en un cubo de basura —nos contó—. ¿No os parece increíble que lo tiraran?

Lo irguió para que pudiéramos verlo bien. Dan y yo nos acercamos a la mesa.

—Tenía la cabeza partida en dos —dijo mi padre, cogiéndolo por el cuello—. Pero con un poco de cola se la he arreglado en un momento.

Me incliné para ver mejor el nuevo tesoro de mi padre. Tenía el pelo castaño pintado en la cabeza y una cara muy rara, muy dura. Sus ojos azules parecían brillar, como si fueran de verdad. Sus labios rojos se curvaban en una sonrisa, pero era una sonrisa muy fea, grosera y perversa. El labio de abajo estaba algo descantillado y no encajaba muy bien con el de arriba.

El muñeco llevaba un traje cruzado sobre un cuello blanco de camisa, aunque no tenía camisa, sino que le habían pintado el pecho de blanco. Al final de sus piernas flaquísimas, cubiertas por un pantalón gris, colgaban unos zapatones de cuero negro.

—¡Es increíble que lo hayan tirado a la basura! —repitió mi padre—. ¿Verdad que es estupendo?

—Sí, genial —murmuré. No me gustaba nada el muñeco nuevo. No me gustaba su cara, ni el brillo de sus ojos ni su sonrisa torcida.

Creo que a Dan le pasaba lo mismo.

—Tiene pinta de agresivo —dijo. Le cogió una mano. Estaba llena de profundos arañazos y tenía los nudillos cortados y astillados. Como si el muñeco hubiera participado en una pelea.

—No tanto como Rocky —contestó papá—. Pero sí que tiene una sonrisa extraña. —Señaló el desconchón del labio—. Le pondré un reparador de madera y le volveré a pintar toda la cara.

—¿Cómo se llama? —pregunté.

Mi padre se encogió de hombros.

—Ni idea. Le podríamos poner Smiley.

—¿Smiley? —Puse cara de asco.

Antes de que papá pudiera responder, se oyó sonar abajo el teléfono.

Un timbrazo, dos, tres.

—Mamá debe de estar todavía en la reunión del colegio —dijo mi padre, que echó a correr hacia las escaleras—. Voy a contestar. No toquéis a Smiley hasta que yo vuelva.

En cuanto papá desapareció cogí con mucho cuidado la cabeza del muñeco.

—Papá se la ha pegado muy bien.

—¡Debería pegarte la tuya también! —exclamó Dan.

Típico de él.

—El nombre de Smiley no le va nada —dijo mi hermano, haciendo que el muñeco diera una palmada.

—¿Y Dan Junior? —sugerí—. O Dan Tercero.

Dan no me hizo ni caso.

—¿Cuántos muñecos tiene ya papá? —Se volvió hacia los otros y se puso a contarlos.

Yo terminé antes.

—Con éste, trece —dije.

Dan abrió mucho los ojos.

—¡Vaya! El número de la mala suerte.

—Bueno, si te contamos a ti hacen catorce.

¡Un punto para mí!

Dan me sacó la lengua y dejó las manos del muñeco sobre su pecho.

—Oye, ¿qué es eso?

Le metió la mano en el bolsillo del traje y sacó un papel

doblado.

—A lo mejor ahí pone el nombre del muñeco. —Le arrebaté el papel a Dan, lo desdoblé y me puse a leerlo.

—¿Qué? —Dan intentó recuperarlo, pero yo lo puse fuera de su alcance—. ¿Cómo se llama?

—No lo pone. Sólo hay unas palabras rarísimas. Debe de ser algún idioma extranjero.

Las leí primero en silencio y luego en voz alta:

—Karru marri odonna loma molonu karrano.

Dan me miró con la boca abierta.

—¿Eh? ¿Y eso qué significa? —Me quitó el papel de las manos —. ¡Me parece que lo has leído al revés!

—De eso nada.

Eché un vistazo al muñeco. Los brillantes ojos azules me miraban.

De pronto el ojo derecho se cerró lentamente. ¡Me había hecho un guiño!

Entonces levantó de golpe la mano derecha... ¡Y me dio una bofetada!

3

—¡Oye! —grité, apartándome de un brinco con la cara dolorida.

Dan alzó la vista del papel.

—¿Qué te pasa? —preguntó.

—¿Pero no lo has visto? ¡Me ha dado una torta! —Me froté la mejilla.

—Ya, seguro —dijo Dan mirando al techo.

—¡De verdad! —chillé—. Primero me guiñó el ojo y luego me pegó una torta.

—Anda ya. Mira que eres tonta, Trina. Como papá te ha gastado antes una broma ahora piensas que yo voy a picar también.

—¡Te estoy diciendo la verdad!

En ese momento apareció la cabeza de mi padre por las escaleras.

—¿Qué pasa, chicos?

Dan dobló el papel y volvió a meterlo en el bolsillo del muñeco.

—No, nada —dijo.

—¡Ha sido el muñeco, papá! —exclamé yo, todavía frotándome la cara—. ¡Me ha dado una torta!

Mi padre se echó a reír.

—Lo siento, Trina, pero tendrás que inventarte algo mejor. A mí no me engañas.

—Pero, papá... —De pronto me interrumpí. Era evidente que no iba a creerme. Ni siquiera yo misma me lo creía del todo.

El muñeco estaba mirando al techo sin ninguna expresión, sin vida. Mi padre lo incorporó.

—Hay noticias —dijo—. Era el tío Cal. Aprovechando que la tía Susan está en viaje de negocios, vendrá a vernos con el primo Zane, que tiene vacaciones de primavera en el colegio.

Dan y yo soltamos un gemido. Mi hermano se metió los dedos en la boca e hizo ver que vomitaba. Zane no es precisamente nuestro primo favorito, aunque es el único que tenemos.

Tiene doce años, pero es como si tuviera cinco o seis. Es un imbécil total y un cobardica de marca mayor, y siempre está moqueando.

—Venga, no os quejéis —nos regañó mi padre—. Zane es vuestro único primo. Es de la familia.

Dan y yo lanzamos otro gemido. No pudimos evitarlo.

—No es mal chico —prosiguió papá, mirándonos con los ojos entrecerrados tras los cristales de sus gafas. Eso significaba que hablaba muy en serio—. Tenéis que prometerme una cosa.

—¿Qué? —pregunté.

—Prometedme que esta vez os portaréis bien con Zane.

—La última vez nos portamos bien —protestó Dan—. Le dirigimos la palabra, ¿no?

—Le disteis un susto de muerte —dijo papá con el ceño fruncido —. Le convencisteis de que la casa estaba embrujada y lo asustasteis de tal modo que salió corriendo y no quiso volver a entrar.

—Pero, papá, si era una broma —me defendí.

—¡Sí! ¡Una broma genial! —exclamó Dan, dándome un codazo —. ¡Fue para morirse de risa!

—Esto no tiene ninguna gracia —dijo mi padre—. Escuchad, ya sé que Zane es un poco tímido, no puede evitarlo. Ya se le pasará cuando crezca. Tenéis que portaros bien con él.

Dan soltó una risita.

—A Zane le dan miedo tus muñecos, papá. ¿A que es una tontería?

—Pues entonces no lo traigáis al desván para darle un susto.

—¿Y si sólo le gastamos alguna bromita? —preguntó mi hermano.

—Ni una —le replicó mi padre firmemente—. Que no me entere yo.

Dan y yo nos miramos.

—Quiero que me lo prometáis —insistió papá—. Lo digo en serio. Prometedme ahora mismo los dos que no le gastaréis ninguna broma. Prometedme que no vais a asustar a vuestro primo.

—Vale, lo prometo. —Levanté la mano derecha como si estuviera pronunciando un juramento.

—Yo también —dijo Dan.

Le miré las manos. No tenía los dedos cruzados. Dan y yo acabábamos de prometer solemnemente no asustar a nuestro primo, y pensábamos cumplirlo.

Pero no pudimos mantener la promesa.

Antes de que acabara la semana, nuestro primo Zane estaría aterrorizado.

Y nosotros también.

4

Cuando Zane llegó yo estaba tocando el piano. Es un pequeño piano negro vertical, un poco viejo y arañado. Papá se lo compró a mi antigua profesora de música, que tuvo que mudarse a Cleveland. Ahora está metido en un cuartito en la parte trasera de la casa. Dos de los pedales no funcionan y además habría que afinarlo. Pero a mí me encanta tocarlo, sobre todo cuando estoy tensa o nerviosa. Siempre me calma.

La verdad es que se me da muy bien, hasta Dan lo dice. Casi siempre me echa para tocar él alguna tontería, pero a veces se sienta a escucharme. He estado practicando unas piezas muy bonitas de Haydn y algunos *études* sencillos de Chopin.

En fin, el caso es que estaba al fondo de la casa aporreando el piano cuando llegaron Zane y el tío Cal. Supongo que me ponía un poco nerviosa ver a Zane otra vez.

Dan y yo nos portamos bastante mal con él la última vez que estuvo aquí. A Zane siempre le ha dado miedo esta casa tan vieja, y confieso que mi hermano y yo hicimos todo lo posible por asustarlo más todavía.

Todas las noches nos poníamos a andar por el desván ululando suavemente como si fuéramos fantasmas y haciendo crujir el suelo. Una noche nos metimos en su armario para que pensara que su ropa estaba bailando. Otro día colgamos unas medias de mi madre de modo que arrojaran en el suelo de su cuarto la sombra de unas piernas espectrales.

Pobre Zane. Me parece que nos pasamos un poco con él. Al cabo

de unos días daba un brinco cada vez que oía un ruido y no hacía más que mirar a un lado y a otro como si fuera un lagarto asustado.

Le oí decirle al tío Cal que no quería volver nunca a esta casa. Dan y yo nos reímos, pero la verdad es que no estuvimos bien.

Por eso la idea de volverlo a ver me había puesto un poco nerviosa. Estaba tocando el piano tan fuerte que no oí el timbre de la puerta. Dan tuvo que venir corriendo a decirme que el tío Cal y Zane habían llegado.

Me levanté de un salto.

—¿Qué pinta tiene Zane? —pregunté.

—Hace bulto. Ha crecido mucho. Y se ha dejado el pelo largo.

Zane siempre ha sido bastante cachas. No es alto, pero sí corpulento. Más bien parece un bulldog, un enorme bulldog rubio.

La verdad es que no es feo. Tiene los ojos grandes y azules, el pelo rubio y ondulado y una sonrisa muy bonita. Parece un levantador de pesas o un deportista. Desde luego no tiene ninguna pinta de cobardica. Por eso es tan gracioso verlo temblar de miedo o llorar como un bebé o ir corriendo junto a sus padres, lleno de terror.

—¿Te ha dicho algo? —le pregunté a Dan mientras recorríamos el pasillo trasero.

—Sólo hola.

—¿Pero un hola amistoso o de pocos amigos?

Dan no tuvo tiempo de contestar. Habíamos llegado al recibidor.

—¡Hola! —me saludó el tío Cal, abriendo los brazos. El tío Cal es igualito a una ardilla: menudo, con la cara redonda, una naricilla respingona y dos dientes salidos—. ¡Qué alta estás! —exclamó mientras yo le abrazaba—. Has crecido mucho, Trina.

¿Por qué los adultos tienen que comentar siempre lo altos que estamos los niños? ¿Es que no se les ocurre nada más que decir?

Vi que mi padre subía dos pesadas maletas por las escaleras.

—No sabía si tendríais hambre —dijo mamá—. Así que he preparado unos bocadillos.

Yo me volví para saludar a Zane y en ese momentó un destello de luz blanca me hizo dar un grito de sorpresa.

—No te muevas. Una más —dijo Zane.

Parpadeé rápidamente, tratando de recuperarme del fogonazo.

Cuando por fin enfoqué la vista, vi que Zane llevaba una cámara de fotos. Apretó el botón y hubo otro estallido de luz.

—Bien —dijo—. Parecías realmente sorprendida. Yo sólo hago fotografías naturales.

—A Zane se le da muy bien lo de la fotografía —sonrió con orgullo el tío Cal.

—¡No veo nada! —exclamé, frotándome los ojos.

—Necesitaba un flash extra porque la casa es muy oscura —explicó Zane. Se inclinó sobre la cámara y se puso a trastear con ella.

Cuando apareció mi padre en las escaleras, Zane le hizo otra foto.

—A Zane se le da muy bien la fotografía —le repitió a mi padre el tío Cal—. Le he dicho que a lo mejor le podrías pasar alguna cámara vieja de tu tienda.

—Pues… puede ser —contestó papá.

El tío Cal gana mucho más dinero que mi padre, pero Cada vez que viene a vernos intenta sacarle algo.

—Tienes una buena cámara —le dijo papá a Zane—. ¿Qué tipo de fotos haces?

—Fotos naturales —contestó Zane, echándose atrás el pelo—. Y me gustan mucho las naturalezas muertas. —Salió al pasillo y tomó un primer plano de la barandilla.

—Sigue siendo un pelmazo —me susurró Dan al oído—. Vamos a darle un buen susto.

—¡De eso nada! Se lo prometimos a papá.

—He instalado un cuarto oscuro en el sótano —le dijo mi padre a Zane—. A veces hago en casa los revelados de la tienda. Esta semana puedes utilizarlo si quieres.

—¡Genial! —replicó Zane.

—Le he dicho a Zane que a lo mejor te sobra algo de papel de revelado —dijo el tío Cal.

Zane levantó la cámara y sacó otra foto. Luego se volvió hacia Dan.

—¿Todavía te gustan los videojuegos?

—Sí, sobre todo los de deportes —contestó mi hermano—. Tengo el nuevo *NBA Jams.* Y estoy ahorrando para comprarme el

nuevo sistema de treinta y dos bits. ¿Tú todavía juegas?

Zane movió la cabeza.

—Desde que tengo la cámara, no. Ya no tengo tiempo para esas cosas.

—¿Os apetecen unos bocadillos? —nos interrumpió mi madre, encaminándose hacia el comedor.

—Primero me gustaría deshacer las maletas —dijo el tío Cal—. Zane, tú deberías hacer lo mismo.

Entonces nos separamos. Dan y papá desaparecieron no sé dónde. El tío Cal y Zane subieron a sus habitaciones —en la casa hay muchísimas—, y yo fui a la cocina para ayudar a mi madre con los bocadillos.

Pero, de pronto, oí chillar a Zane.

Era un grito de horror.

5

A mamá se le cayó de las manos la bandeja de los bocadillos. Cuando salí corriendo al pasillo, mi padre ya había subido la mitad de las escaleras.

—¿Qué ha pasado? —preguntó—. Zane, ¿qué ocurre?

Al llegar al segundo piso vi a Dan salir de su habitación. Zane estaba en el corredor. A sus pies había alguien tirado en el suelo. Zane estaba temblando. Me acerqué corriendo.

¿Quién podía estar ahí en el suelo, con las piernas y los brazos retorcidos?

—Zane, ¿qué pasa? ¿Qué pasa? —gritaron a coro mi padre y el tío Cal.

Zane no dejaba de temblar. La cámara se agitaba también, colgando sobre su pecho.

En el suelo estaba Rocky, el muñeco, mirando al techo con su mueca en la cara. La camiseta de rayas medio subida dejaba ver su cuerpo de madera. Tenía una pierna doblada debajo de él y los dos brazos estirados y yertos.

—El mu-muñeco —balbuceó Zane, señalándolo—. Se... se me echó encima cuando abrí la puerta del cuarto.

—¿Cómo dices? —exclamó el tío Cal.

—Que se me echó encima —repitió Zane—. No quería gritar, pero es que me dio un susto. Y de poco me da en la cabeza, con lo que pesa.

Papá miró furioso a Dan y mi hermano levantó las manos.

—¡A mí no me mires! —protestó.

—Dan, me hiciste una promesa —dijo mi padre muy serio.

—¡No he sido yo! ¡Habrá sido Trina!

—¡Oye! ¡De eso nada! —exclamé—. ¡Yo no he sido!

Mi padre me miró.

—¡No me irás a decir que el muñeco se ha subido solo a la puerta!

—Venga, que sólo ha sido una broma —terció el tío Cal—. Estás bien, ¿no, Zane?

—Sí, sí. —Se había puesto colorado. Se notaba que le daba vergüenza el lío que había armado—. Lo que pasa es que no me esperaba que se me cayera algo encima.—Bajó la cabeza.

—Vamos a terminar con el equipaje —sugirió el tío Cal—. Empiezo a tener hambre. —Se volvió hacia mi padre—. ¿Hay alguna otra almohada por ahí? En mi cama sólo hay una y a mí me gusta dormir con muchas.

—Ahora voy a ver. —Entonces me miró con el ceño fruncido—. Dan y tú llevaos a Rocky al desván.

Y no quiero ni una broma más. Me lo prometisteis.

Cogí al muñeco con cuidado y me lo eché al hombro.

—Ve a abrirme la puerta del desván —le pedí a mi hermano.

Echamos a andar por el pasillo.

—¿Pero qué te pasa, Ratón? —le susurré.

—No me llames Ratón —dijo él rechinando los dientes—. Sabes que lo odio.

—Pues yo lo que odio es romper las promesas. ¿Es que no podías esperar ni un segundo para asustar a Zane? Por tu culpa nos vamos a meter en un lío.

—¿Por mi culpa? —repitió Dan, haciéndose el inocente—. Yo no puse ahí al muñeco. Fuiste tú. ¡Y lo sabes!

—¡Ni hablar!

—Eh, chicos, ¿puedo ir con vosotros? —Zane estaba justo detrás. No me había dado cuenta de que nos seguía.

—¿Quieres subir al Museo de Muñecos? —pregunté, incapaz de disimular mi sorpresa. La última vez que estuvo aquí le daban miedo.

—Sí, quiero hacer unas fotos. —Levantó su cámara.

—Genial —terció Dan—. Es una idea genial. —Se notaba que

intentaba ser amable con el primo.

Yo no quise ser menos.

—Es guay que te dediques a la fotografía —dije. —Sí.

Dan subió el primero por las escaleras del desván. A medio camino me di la vuelta y vi que Zane se había quedado parado abajo.

—¿Vienes o no? —pregunté. Mi voz resonó en el estrecho hueco de la escalera.

A Zane se le notaba el miedo en la cara, aunque estaba intentando ser valiente.

—Ya voy. —Respiró hondo y subió a la carrera.

Cuando llegamos al desván se mantuvo pegado a nosotros. Los ojos nos miraban ominosos por todas partes. Encendí la luz y entonces se vieron los muñecos. Nos sonreían sentados en las sillas, en el sofá, apoyados contra la pared.

Coloqué a Rocky en su silla plegable, le crucé los brazos en el regazo y le puse bien la camiseta. El muñeco me sonreía con aquella mueca tan fea.

—Hay algunos nuevos —dijo Zane, al otro lado de la sala. Estaba junto a Dan, delante del sofá. Tenía la cámara en las manos, pero no hacía ninguna foto—. ¿De dónde los saca el tío Danny?

—El último se lo encontró en un cubo de basura —contesté, señalando al muñeco de aspecto malvado.

Dan cogió a la señorita Lucy y se la acercó a Zane.

—*¡Hola, Zane! ¡Hazme una foto!* —le hizo decir con la voz de pito.

Zane se llevó la cámara a los ojos.

—Di patata —indicó a la señorita Lucy.

—*Patata* —replicó Dan con la vocecilla del muñeco.

Zane disparó la cámara.

—*¡Dame un besito!* —pidió Dan, poniéndole a Zané el muñeco debajo de las narices.

—¡Aj! —El primo retrocedió.

—Deja ese muñeco, Dan —dije yo—. Más vale que bajemos ya. Seguro que nos están esperando.

—Vale, vale —gruñó Dan, volviéndose para dejar a la señorita Lucy en su sitio.

Zane se puso a pasear observando a los muñecos. Yo me incliné para ajustar la pajarita de Wilbur. La verdad es que el pobre se veía ya muy viejo. Todavía estaba poniéndole bien la ropa cuando oí un fuerte ¡plaf!

—¡Aaaaay! —gritó Zane sobresaltado.

6

Me di la vuelta bruscamente y vi que Zane se frotaba la cara.

—¡El muñeco me ha dado una bofetada! —exclamó furioso, señalando un muñeco pelirrojo que estaba en el brazo del sofá—. ¡E-es increíble! ¡Ha levantado el brazo y me ha dado una torta!

Dan estaba detrás del sofá. Primero sonrió y luego estalló en carcajadas.

—Venga ya —le dijo a Zane—. Eso es imposible.

—¡Has sido tú! —le acusó mi primo, todavía frotándose la mejilla—. Tú has movido al muñeco.

—De eso nada. —Dan retrocedió hasta darse de espaldas con la pared—. ¿Cómo iba a moverlo, si no he salido de detrás del sofá?

Me acerqué rápidamente.

—¿Cuál ha sido? —pregunté.

Zane señaló un muñeco pelirrojo y sonriente con la cara llena de pecas.

—Ése.

—Es Arnie, uno de los primeros muñecos de papá.

—Me da igual cómo se llame —saltó Zane—. ¡Me ha pegado!

—Eso es una tontería —insistí—. Es sólo un muñeco, Zane. Ven, mira.

Cogí a Arnie. Pesaba más de lo que yo recordaba.

Se lo tendí a mi primo, pero él retrocedió.

—Aquí está pasando algo raro —dijo, sin apartar la vista del muñeco—. Se lo voy a decir al tío Danny.

—No, no se lo digas a mi padre —supliqué—. Anda, Zane. No

quiero tener líos.

—Es verdad, no le digas nada —añadió Dan—. Seguro que el muñeco se cayó o algo así.

—Levantó la mano —insistió Zane—. Vi cómo levantaba la mano y...

En ese momento se oyó la voz de mi madre desde abajo.

—Daos prisa, niños. Os estamos esperando.

—¡Ya vamos! —grité

Tiré en el sofá a Arnie, que cayó sobre el muñeco de al lado. Lo dejé tal cual y fui detrás de Dan y Zane hacia las escaleras. Antes de bajar detuve un momento a mi hermano.

—¿Qué intentas demostrar? —le pregunté enfadada—. ¡No ha tenido ninguna gracia!

—Yo no he hecho nada, Trina. Te lo juro. —Dan levantó la mano derecha—. ¡Te lo juro!

—¿Me quieres decir que el muñeco subió la mano de verdad y le dio una torta?

Dan hizo una mueca y se encogió de hombros.

—No lo sé. Yo sólo sé que no fui yo. Yo ni lo toqué.

—No seas tonto. Claro que has sido tú. —Le di un empujón hacia las escaleras.

—Oye, no te pases.

—Eres un mentiroso —le acusé—. Te crees que nos vas a asustar a Zane y a mí. Pero no vale la pena, Dan. Se lo prometimos a papá, ¿es que ya no te acuerdas ?

Él comenzó a bajar sin hacerme caso. Yo estaba enfadadísima. Sabía que había sido Dan quien había puesto al muñeco encima de la puerta para que se cayera sobre Zane y que también había movido el brazo de Arnie. Me preguntaba hasta dónde estaría dispuesto a llegar para asustar a nuestro primo.

Tenía que impedírselo. Si Dan seguía haciendo de las suyas acabaríamos castigados para toda la vida. O algo peor.

¿Pero qué podía hacer?

Esa noche todavía seguía dándole vueltas al tema. Estaba en la cama, mirando el techo y pensando en Dan y en sus mentiras. «Los muñecos son de madera y trapo —me dije—. No se dedican a dar bofetadas a la gente. Y desde luego no andan solos ni se suben a las

puertas.»

No, no andan solos…

Cuando por fin empezaba a dormirme oí unos pasos en la alfombra de mi habitación. Luego un ronco susurro al oído:

—Trina… Trina…

7

—Trina... Trina...

Me levanté de un brinco, tirando de las mantas, y tropecé. Caí sobre Zane con tanta fuerza que casi lo tiro al suelo.

—¿Zane?

Él retrocedió a trompicones.

—¡Lo siento! —susurró—. Creí que estabas despierta.

—¡Zane! —El corazón me martilleaba en el pecho—. ¿Qué haces aquí?

—Lo siento —repitió, retrocediendo un poco más. Se detuvo a pocos centímetros de mi cómoda—. No quería asustarte. Es que...

Me llevé la mano al corazón, que comenzaba a recuperar su ritmo normal.

—Siento haberme echado encima de ti —me disculpé—. Creo que estaba medio dormida, y al oírte susurrarme al oído...

Encendí la lámpara de la mesilla y me froté los ojos. Zane llevaba un ancho pijama azul, con una pernera remangada casi hasta la rodilla. Tenía el pelo caído sobre la cara y una expresión de niño aterrorizado. ¡Como si tuviera seis años!

—He intentado despertar a mi padre —susurró—, pero tiene un sueño muy profundo. He estado un rato llamando a su puerta y no me ha oído. Por eso he venido.

—¿Qué te pasa? —pregunté mientras me estiraba.

—He-he oído voces —balbuceó, echando una ojeada a la puerta abierta de la habitación.

—¿Cómo? ¿Voces? —Me eché atrás el pelo y me estiré el

camisón.

Él asintió con la cabeza.

—Sí, voces. Arriba. Bueno, creo que venían de arriba. Eran unas voces muy raras que hablaban muy deprisa.

Le miré de reojo.

—¿Que has oído voces en el desván?

—Sí. Estoy totalmente seguro.

—Pues yo estoy totalmente segura de que soñabas —suspiré.

—No, estaba bien despierto, de verdad. —Cogió de mi cómoda un osito de peluche y lo estrujó entre las manos—. No suelo dormir bien cuando voy a un sitio nuevo —explicó'—. ¡En esta casa no duermo bien nunca! —Lanzó una risa amarga—. Estaba despierto del todo.

—En el desván no hay nadie. —Bostecé y miré hacia el techo—. Escucha. No se oye nada. No hay ninguna voz.

Los dos nos quedamos escuchando en silencio un rato. Luego Zane dejó el osito de peluche.

—Oye, ¿podría tomarme un cuenco de cereales?

—¿Cómo dices? —le pregunté sorprendida.

—Los cereales siempre me tranquilizan. —Sonrió, un poco avergonzado—. Es una costumbre de cuando era pequeño.

Eché un vistazo a mi radio-reloj. Era un poco más tarde de medianoche.

—¿Quieres tomar cereales ahora?

Él asintió tímidamente.

—¿Puedo?

«Pobre —pensé—. Está muerto de miedo.»

—Claro —dije—. Te acompaño a la cocina para enseñarte dónde está todo.

Me puse las zapatillas, que estaban debajo de la cama. No me gusta andar descalza por el pasillo porque hay un montón de clavos que sobresalen de los tablones del suelo. Mis padres siempre están diciendo que van a comprar una alfombra, pero no nos sobra el dinero y no creo que la alfombra sea una de las primeras cosas de la lista.

Zane parecía ya más calmado. Le sonreí y salí al pasillo. «No es tan mal tipo —pensé—. Un poco cobardón, sí, ¿y qué?» Lo primero

que haría por la mañana sería hablar con Dan. Tendría que prometerme que no le gastaría más bromas a Zane.

El pasillo estaba tan oscuro que Zane y yo caminábamos tanteando la pared. Mis padres suelen dejar una lucecita encendida al fondo, pero la bombilla se había fundido.

Bajamos las escaleras agarrados a la barandilla. La pálida luz del exterior arrojaba largas sombras azuladas sobre el salón. Los viejos muebles parecían fantasmas en torno a la estancia.

—Esta casa me pone los pelos de punta —susurró Zane, que no se apartaba de mi lado.

—La verdad es que yo he vivido aquí toda la vida y a veces también me da miedo —confesé—. Las casas viejas hacen ruidos muy raros. A veces me parece oírla gruñir y gemir.

—De verdad que he oído voces.

Avanzamos entre las sombras hacia la cocina. Mis zapatillas resonaban contra el linóleo. La plateada luz de la luna atravesaba las cortinas de la ventana.

Me puse a tantear la pared buscando el interruptor, pero me detuve al ver una oscura figura caída sobre la mesa de la cocina. Zane también la vio, porque contuvo la respiración y retrocedió de un brinco.

—Papá, ¿todavía estás levantado? —pregunté—. ¿Qué haces aquí a oscuras?

Cuando por fin encontré el interruptor y encendí la luz, Zane y yo pegamos un grito.



Ni siquiera tuve que verle la cara. Reconocí de inmediato la camiseta de rayas rojas y blancas. Era Rocky. Estaba apoyado sobre la mesa, con la cabeza entre las manos.

Zane y yo nos acercamos lentamente. Yo rodeé la mesa.

El muñeco me sonreía con su mueca. Sus ojos vidriosos eran fríos y crueles. ¡Tenía una expresión horrorosa!

—¿Cómo ha llegado hasta aquí? —preguntó Zane, que miraba fijamente al muñeco como si esperara que respondiera.

—Sólo hay una forma —murmuré—. Desde luego no ha bajado solo.

Zane se volvió hacia mí.

—¿Te refieres a Dan?

—¿Quién, si no? —suspiré—. El señor Bromas Pesadas.

—¿Pero cómo sabía tu hermano que íbamos a bajar esta noche a la cocina?

—Vamos a preguntárselo.

Sabía que Dan estaría despierto. Seguro que estaba sentado en su cama, esperando oírnos gritar en la cocina y muriéndose de risa, encantado con su ocurrencia. Sí, estaría contentísimo de habernos dado un susto, aunque eso significara haber roto la promesa que le hicimos a mi padre.

Apreté los puños, muerta de rabia. Cuando me pongo furiosa de verdad suelo ir al cuartito trasero a tocar el piano. Aporreo una marcha de Sousa o algún rock duro hasta que empiezo a calmarme. Pero esa noche sólo tenía ganas de aporrear a mi hermano.

—¡Vamos arriba! —exclamé.

Eché un último vistazo a Rocky. El muñeco, tirado en la mesa, me miró sin expresión. «La verdad es que lo odio —me dije—. Le voy a decir a papá que lo guarde en un armario o en un baúl.»

Aparté la vista de su fea cara de madera, cogí a Zane por los hombros y lo guié hacia las escaleras.

—Voy a decirle a Dan que estamos hasta la coronilla de sus bromitas —susurré—. La verdad es que se ha pasado. Tendrá que prometernos que dejará de llevar ese muñeco a todas partes.

Zane no contestó. En la penumbra se le veía su expresión sombría. ¿Qué estaría pensando? ¿Se estaría acordando de la última vez que estuvo en nuestra casa? ¿Se estaría acordando de los sustos que le dimos entonces Dan y yo? «Tal vez tampoco confía en mí», me dije.

Subimos las escaleras y recorrimos el pasillo a oscuras hasta llegar al cuarto de Dan. La puerta estaba medio abierta. La abrí del todo y entré seguida de Zane.

Esperaba ver a Dan sentado, aguardándonos sonriente, disfrutando de su broma. La luz de la luna entraba por las ventanas, y desde el umbral se le veía claramente. Estaba tumbado de costado en la cama, tapado hasta la barbilla y con los ojos cerrados. ¿Estaría fingiendo? ¿Dormía de verdad?

—Dan —susurré—. Da-an.

Ni se movió.

—Dan, te voy a hacer cosquillas. —Cuando le digo eso siempre se le cambia la cara, porque tiene muchísimas cosquillas. Pero esta vez no abrió los ojos.

Zane y yo nos acercamos a la cama y nos lo quedamos mirando. Dan respiraba con un ritmo tranquilo y regular. Tenía la boca un poco abierta y roncaba muy suavemente. Eran ronquidos de ratón. Con su barbilla puntiaguda y la nariz respingona parecía un ratón de verdad.

Me incliné sobre él.

—Da-an, prepárate. Te voy a hacer cosquillas —susurré.

Me eché hacia atrás, esperando que saltara sobre mí gritando «buuu» o algo así. Pero mi hermano seguía durmiendo. Entonces me volví hacia Zane, que estaba en el centro de la habitación.

—Está dormido de verdad —informé.

—Vámonos —contestó Zane con un bostezo.

—¿Y tus cereales? —le pregunté al llegar a la puerta.

—Déjalo. Tengo mucho sueño.

Estábamos a punto de salir cuando oí que algo se movía en el pasillo.

—¡Aaah! —exclamé.

Una cara había aparecido en el umbral. ¡Rocky! ¡Nos había seguido hasta allí!



Cogí a Zane del brazo. Los dos gritamos.

El muñeco entró rápidamente en la habitación.

De pronto corté en seco los chillidos al darme cuenta de que no venía solo. Mi padre lo llevaba cogido por el cuello.

—¿Qué pasa? —preguntó Dan soñoliento. Levantó la cabeza de la almohada y nos miró con los ojos medio cerrados—. ¿Eh? ¿Qué hacéis todos en mi cuarto?

—Eso es lo que me gustaría saber —dijo papá enfadado, mirándonos con suspicacia.

—Me habéis despertado —murmuró Dan. Carraspeó y se incorporó sobre un codo—. ¿Qué haces con el muñeco, papá?

—Tal vez alguno de vosotros quiera responder a esa pregunta. —Mi padre iba en bata. Tenía el pelo pegado a la frente y no llevaba las gafas, así que nos miraba entornando los ojos.

—¿Qué pasa? No entiendo nada —se quejó Dan, frotándose los ojos.

¿Estaría fingiendo?, me pregunté. ¿Se estaría haciendo el inocente, como otras veces?

—Oí ruido abajo —dijo mi padre, cogiendo a Rocky con la otra mano—. Fui a ver qué pasaba y me encontré el muñeco sentado a la mesa de la cocina.

—¡Yo no lo he puesto ahí! —exclamó Dan, muy despierto de pronto—. ¡De verdad!

—¡Ni Zane ni yo! —me defendí.

Papá se volvió hacia mí y suspiró.

—Tengo mucho sueño. No me gustan estas bromas en plena noche.

—¡Pero si no he sido yo! —grité.

Mi padre me miró fijamente. Sin gafas no ve nada de nada.

—¿Os tengo que castigar a tu hermano y a ti? —preguntó—. ¿Queréis estar castigados en casa? Os advierto que os quedaréis sin campamento este verano.

—¡No! —exclamamos a la vez Dan y yo. Los dos íbamos a ir a un campamento por primera vez ese verano y no hablábamos de otra cosa desde Navidad.

—Papá, yo estaba durmiendo —insistió Dan.

—Se acabaron las contemplaciones —dijo mi padre, cansado—. La próxima vez que aparezca otro muñeco fuera de su sitio, os la cargáis.

—Pero papá… —comencé.

—Lo digo en serio. Si vuelvo a ver a Rocky fuera del desván, estáis castigados. —Nos hizo una seña hacia la puerta—. Cada uno a su cuarto ahora mismo. No quiero oír ni una palabra más.

—¿Me crees o no? —preguntó Dan.

—Lo que es seguro es que Rocky no anda rondando solo por la casa —le contestó mi padre—. Ahora échate a dormir, Dan. Os voy a dar una última oportunidad. No la desaprovechéis.

Papá salió detrás de nosotros al pasillo.

—Hasta mañana —murmuró. Luego subió al desván para dejar a Rocky en el Museo de Muñecos, refunfuñando entre dientes todo el camino.

Yo sabía que tenía que haber sido Dan el que andaba dejando a Rocky por todos sitios. Pero ¿por qué lo hacía? ¿Dejaría de hacerlo ahora, antes de que mi padre nos castigara o nos dejara sin veraneo? Me quedé dormida dándole vueltas a un montón de preguntas.

Al día siguiente me desperté temprano. Me puse unos tejanos y una camiseta y bajé corriendo a desayunar.

Me encontré a Rocky sentado a la mesa de la cocina.

10

Miré en torno a la cocina. No había nadie. ¡Menos mal que había sido la primera en bajar!

Cogí a Rocky por el cuello, me lo metí debajo del brazo y me lo llevé al desván a toda velocidad. Cuando volví a la cocina, un momento después, mamá ya había empezado a preparar el desayuno. ¡Uf! Por un pelo.

—Trina, qué madrugadora —me dijo mi madre, mientras echaba agua en la cafetera—. ¿Estás bien?

Di un vistazo a la mesa. Tenía la espantosa sensación de que Rocky estaría allí, sonriéndome. Pero no, claro. Rocky estaba arriba, en el desván. Yo misma lo acababa de llevar. La mesa estaba vacía.

—Sí, estoy bien —contesté.

No había duda. Era el día de «ser simpáticos con Zane».

Después de desayunar, papá se fue corriendo a la tienda. Poco después mamá y el tío Cal se fueron al centro comercial de compras.

Era una mañana radiante. El sol entraba por las ventanas y el cielo estaba azul, sin una sola nube. Zane bajó su cámara, pensando que era un día perfecto para hacer fotos. Dan y yo creíamos que iba a salir, pero mi primo prefirió quedarse en casa.

—Me interesan mucho los interiores —nos dijo.

Lo estuvimos siguiendo por toda la casa. Dan y yo habíamos prometido solemnemente portarnos bien con él y no asustarlo.

Después del desayuno, cuando Zane subió a por su cámara, cogí a mi hermano y lo aplasté contra la pared.

—Nada de bromas.

Dan intentó zafarse, pero yo soy más fuerte que él.

—Levanta la mano derecha y júralo.

—Vale, vale. —No tardó en ceder. Levantó la mano derecha y repitió el juramento que yo había pronunciado—. Nada de bromas con Zane. No me reiré de él y no aparecerán muñecos por ninguna parte.

Solté a mi hermano justo cuando volvía Zane con su cámara.

—Tenéis unas vigas increíbles —dijo, mirando el techo del salón.

—¿Sí? —contesté, intentando parecer interesada. ¿Qué podía tener de interesante una viga?

Zane levantó la cámara y se pasó dos horas enfocándola. Luego hizo una foto de la viga que hay encima de las cortinas del salón.

—¿Tenéis una escalera? —le preguntó a Dan—. Me gustaría sacarla más de cerca. Tengo miedo de que el zoom la distorsione.

Así que Dan bajó corriendo al sótano a por la escalera. Yo estaba orgullosa de mi hermano. No se quejó ni nada, y además había aguantado diez minutos enteros sin soltar ningún chiste sobre las vigas ni reírse de Zane.

Lo cual no era nada fácil. Porque mira que hay que ser tonto para dedicarse a hacer fotos a los techos y las paredes.

Además no teníamos colegio y hacía un día precioso, uno de los días más cálidos y soleados de marzo. Parecía primavera. Y Dan y yo teníamos que quedarnos allí dentro, agarrándole a Zane la escalera para que pudiera sacar una buena foto de una viga.

—¡Increíble! —declaró el primo, sin dejar de disparar—. ¡Increíble!

Bajó de la escalera. Ajustó el objetivo y se puso a trastear con otros dispositivos de su cámara.

—¿No quieres salir? —le sugerí.

Ni siquiera me oyó.

—Me gustaría hacer más fotos de la barandilla —anunció—. ¿Veis cómo se filtra el sol entre los barrotes de madera? Forma un dibujo muy interesante en la pared.

Estuve a punto de decir una grosería, pero Dan me miró y blandió un dedo a modo de advertencia. Al final me mordí la

lengua y no dije nada. «Esto es aburridísimo —pensé—. Pero por lo menos no nos hemos metido en ningún lío.»

Nos quedamos junto a Zane mientras fotografiaba la barandilla desde todos los ángulos. Después de la décima foto la cámara comenzó a zumbar.

—Se acabó el carrete —anunció con los ojos brillantes—. ¿Sabéis lo que sería guay? Bajar al sótano, al cuarto oscuro, y revelarlo ahora mismo.

—Guay —repetí yo, intentando parecer sincera. ¡Dan y yo hacíamos verdaderos esfuerzos por portarnos bien con el niño!

—El tío Danny me dijo que podía utilizar el cuarto —prosiguió Zane, mirando su cámara mientras se rebobinaba el carrete—. Sería genial.

—Genial —dije.

Dan y yo nos miramos. Era el día más bonito del siglo y teníamos que meternos en un armario oscuro en el sótano.

—Nunca he visto revelar fotos —dijo Dan—. ¿Por qué no me enseñas?

—Es muy fácil —contestó Zane mientras bajábamos—, cuando has dado con el tiempo de exposición.

Pasamos de largo el cuarto de la colada y la caldera hasta llegar al cuarto oscuro, al fondo del pasillo. Una vez dentro encendimos la luz roja especial.

—Cierra bien la puerta —indicó Zane—. No tiene que entrar ninguna luz.

Cerré del todo la puerta y luego Zane se puso a trabajar. Dispuso las bandejas de revelado y las llenó de productos químicos. Después desenrolló el carrete y comenzó con el revelado.

Yo había visto a mi padre hacerlo mil veces. La verdad es que era interesante. Es estupendo ver aparecer la imagen y luego oscurecerse sobre el papel. Dan y yo nos acercamos a mirar.

—Creo que he sacado muy buenos ángulos de las vigas del salón —dijo Zane, metiendo un papel grande en una bandeja. Al cabo de un momento lo sacó y lo dejó secar unos segundos antes de meterlo en otra bandeja. Esbozó una gran sonrisa—. Vamos a ver.

Se inclinó sobre la mesa y levantó el papel acercándolo a la luz roja. Su sonrisa se desvaneció rápidamente.

—¡Oye! ¿Quién ha hecho esta foto?

Dan y yo nos acercamos.

—¿Quién la ha hecho? —repitió mi primo. Cogió furioso otro papel de la bandeja, y otro y otro—. ¿Quién ha hecho estas fotos? —gritó.

Eran fotos de Rocky. Primeros planos. Una foto tras otra del muñeco malcarado.

—¿Quién las ha hecho? —repitió Zane furioso, blandiendo las fotos húmedas en nuestras narices.

—¡Yo no! —declaró Dan, retrocediendo.

—¡Ni yo! —protesté.

«Entonces, ¿quién ha sido?», me dije, mirando la cara que aparecía con una mueca en cada fotografía?

«¿Quién ha sido?»



—¿Qué está pasando aquí arriba, chicos?

Los muñecos me miraron sin expresión. Ninguno contestó.

—¿Qué pasa? —insistí, mirándolos uno a uno—. Venga. Como no habléis voy a venir con una sierra eléctrica a haceros un buen pelado.

Silencio.

Me puse a caminar de un lado a otro delante de ellos con los brazos cruzados, mirándolos muy seria.

Estaba ya avanzada la tarde y el sol comenzaba a ponerse tras los árboles. Una luz anaranjada entraba por las polvorientas ventanas del desván. Yo había subido a hurtadillas a buscar pistas, porque allí pasaba algo raro.

¿Cómo habían llegado las fotos de Rocky a la cámara de Zane? ¿Quién las había hecho? Seguro que la misma persona que llevó abajo al muñeco para dar un susto a Zane.

—Ha sido Dan, ¿no, chicos? —pregunté—. Dan vino aquí arriba, ¿verdad?

Había buscado en el suelo, en el sofá y debajo de todas las sillas sin encontrar ni una sola pista. Ahora estaba interrogando a los muñecos aunque, claro, tampoco me servía de mucho.

«Deja de perder el tiempo y vete abajo», me dije. Pero justo cuando me volvía hacia las escaleras oí una suave risa.

—¿Eh? —exclamé sobresaltada, dando media vuelta.

Primero oí otra risa. Luego una voz ronca:

—¿Eres pelirroja o es que te estás oxidando?

—¿Cómo? —Me llevé la mano a la boca y miré rápidamente a todos los muñecos. ¿Quién había dicho eso?

—Eh, Trina... ¡Mira que eres fea!

A continuación se oyó otra risa despectiva, malvada.

—Me gusta tu perfume. ¿Qué es, aroma de mosca?

Clavé la vista en el muñeco nuevo, el que mi padre llamaba Smiley. Estaba sentado muy erguido en el centro del sofá. La voz parecía provenir de él.

—Pellízcame, estoy teniendo una pesadilla. ¿O es esa tu cara de verdad?

Me quedé de piedra. Un escalofrío me recorrió la espalda. ¡La voz ronca venía del muñeco nuevo!

Me miraba sin parpadear, con la boca abierta en una rígida y desagradable sonrisa. Sí, la voz salía de él. Aquellos groseros insultos los estaba pronunciando Smiley.

«¡Es imposible! —me dije—. Imposible. Los muñecos no pueden hablar sin un ventrílocuo.»

—¡E-esto es una locura! —exclamé en voz alta.

Entonces el muñeco comenzó a moverse.

12

Lancé un grito.

En ese momento apareció Dan detrás del sofá y el muñeco cayó hacia un lado.

—¡Tú... tú... tú! —exclamé, señalando furiosa a mi hermano.

Tenía el corazón acelerado y sentía un frío horroroso.

—¡No ha tenido ninguna gracia! ¡Casi me matas del susto! —chillé.

Para mi sorpresa Dan no se echó a reír. Me miraba con los ojos entrecerrados y la boca abierta.

—¿Quién estaba hablando? —preguntó, mirando los muñecos uno a uno.

—¡No empecemos! Ahora me dirás que no fuiste tú.

Dan se rascó la cabeza.

—No he sido yo.

—¡Mentiroso! —exclamé—. ¿Cuánto tiempo llevas aquí? ¿Y qué hacías? Me estabas espiando, ¿verdad?

Dan movió la cabeza y salió de detrás del sofá.

—¿Y tú qué hacías aquí, Trina? ¿Habías subido a por Rocky para llevártelo abajo otra vez y asustar a Zane?

Lancé un furioso gruñido y le di un empujón con todas mis fuerzas.

Dan tropezó hacia atrás y aterrizó con un grito en el sofá, encima del muñeco nuevo. El muñeco y él parecieron pelear por un momento. Dan hacía esfuerzos por levantarse, pero yo me acerqué y le bloqueé el paso.

—Sabes perfectamente que no he sido yo la que andaba llevando a Rocky de un lado a otro —grité—. Todos sabemos que has sido tú, Dan. Vas a conseguir que nos la carguemos los dos.

—¡Mentira! —declaró Dan enfadado, con toda la cara colorada —. ¡Mentira! ¡Mentira!

Se levantó de un brinco. El muñeco rebotó en el cojín y su cabeza se volvió. Parecía sonreírme.

—Si no estabas haciendo de las tuyas, ¿para qué has subido al desván?

—Estaba esperando.

—¿Cómo? ¿Esperando a quién? —pregunté, cruzándome de brazos.

—Pues esperando —insistió él—. ¿Es que no lo entiendes, Trina?

Le di una patada a una bola de pelusa que había en el suelo, pero se me quedó pegada a la zapatilla deportiva.

—¿Qué es lo que tengo que entender?

—¿No ves lo que está pasando? ¿Todavía no te has dado cuenta?

Me agaché a despegarme la bola de pelusa, que esta vez se me enganchó a los dedos.

—Pero ¿qué se te ha metido en tu cerebro de ratón? Seguro que es lo nunca visto.

Mi hermano se me acercó.

—El culpable de todo es Zane —susurró.

Me eché a reír. No estaba segura de haber oído bien.

—De verdad —insistió Dan, cogiéndome del brazo—. Estoy seguro, Trina. Es Zane el que se lleva al muñeco abajo y luego finge estar asustado. Zane hizo que le abofeteara y lo llevó a la cocina las dos veces.

Me solté el brazo y le puse la mano en la frente como para comprobar si tenía fiebre.

—Estás fatal —le dije—. Ve a meterte en la cama. Le diré a mamá que tienes una fiebre de espanto.

—¡Escúchame! —chilló Dan—. ¡Estoy hablando en serio! ¡Estoy seguro de que tengo razón!

—¿Por qué? ¿Por qué iba Zane a hacer eso, Dan? ¿Por qué se iba a dar sustos él solo?

—Para vengarse de nosotros por la última vez que estuvo aquí.

¿No lo entiendes? Zane quiere buscarnos un lío.

Me dejé caer en el sofá junto a Smiley, pensando en lo que mi hermano había dicho.

—O sea, que Zane quiere que papá piense que tú y yo estamos utilizando los muñecos para asustarle.

—¡Sí! —exclamó Dan—. Es él quien lo está liando todo. Se está asustando a sí mismo para que parezca que los culpables somos nosotros.

Me puse a darle vueltas al tema, jugueteando con la mano del muñeco.

—¿Zane? ¿Dándose sustos a sí mismo? No, no lo creo —repliqué por fin—. ¿ Cómo se te ha podido ocurrir? ¿Tienes alguna prueba?

Dan se sentó en el brazo del sofá.

—En primer lugar, tú no te has llevado a Rocky abajo, ¿no?

—No.

—Pues yo tampoco. ¿Quién queda entonces? Desde luego Rocky no anda solo, ¿no?

—Claro que no, pero...

—Lo supe todo por la cámara —prosiguió ahora Dan—. Las fotos de Rocky fueron la pista definitiva.

Dejé caer la mano del muñeco.

—¿Qué quieres decir? —La verdad es que no entendía los razonamientos de mi hermano.

—Zane nunca pierde su cámara de vista. Casi siempre la lleva colgada al cuello. Así que, ¿quién podía haber hecho esas fotos de Rocky?

Tragué saliva.

—¿Quieres decir que Zane...?

Dan asintió con la cabeza.

—Zane es el único que pudo hacer esas fotos. Subió a hurtadillas al desván, sacó las fotos y cuando las reveló se hizo el sorprendido y fingió enfadarse.

—Pero estaba actuando...

—Exacto —dijo Dan—. Está haciendo el número para asustarnos y para buscarnos un lío con papá. Zane pretende vengarse de los sustos que le dimos la última vez.

Yo todavía albergaba mis dudas.

—No es propio de Zane —comenté—. Es tan callado y tímido, tan cobardica… No es de esos que se dedican a gastar bromas pesadas.

—¡Ha tenido meses para planearlo! —exclamó Dan—. Meses para preparar su venganza. Podemos demostrarlo, Trina. Nos esconderemos aquí a esperarle. A eso había venido yo. Nos esconderemos detrás del sofá.

—¿Para pillarle con las manos en la masa?

Dan asintió con la cabeza.

—Esta noche —susurró, a pesar de que estábamos solos—, cuando todos se acuesten subiremos a esperarle. Ya verás como aparece.

—Está bien —accedí—. Vale la pena intentarlo… supongo.

¿Sería cierto lo que decía Dan? ¿Cogeríamos a Zane *in fraganti*? Estaba deseando que todos se fueran a la cama. Me moría de ganas de averiguar la verdad.

13

El viento agitaba las contraventanas del desván y unos negros nubarrones tapaban la luna. Subimos a oscuras las escaleras, intentando no hacer ruido. El viejo caserón crujía y chirriaba.

El desván estaba más tenebroso que la escalera. Fui a encender la luz, pero Dan me apartó el brazo de un manotazo.

—¿Estás loca? —susurró—. Tiene que seguir a oscuras. Si no, Zane sabrá que hay alguien aquí.

—Ya lo sé —susurré soñolienta—. Sólo quería echar un vistazo a los muñecos para asegurarme de que están todos.

—Están todos —replicó Dan impaciente—. Venga, vamos a escondernos detrás del sofá.

Caminamos de puntillas por el suelo de madera. No se veía ni torta. Los nubarrones impedían que entrara por las ventanas ninguna luz. Por fin se me acostumbraron los ojos a la oscuridad y vi los brazos del sofá, cabezas de muñecos, hombros de muñecos. Sombras contra sombras.

—Dan, ¿dónde estás? —susurré.

—Aquí detrás. Deprisa.

Mientras rodeaba el sofá sentía sobre mí los ojos de los muñecos. Me pareció oír una risa apagada, aquella risa malvada. Pero tenían que ser imaginaciones mías. Tanteé el sofá y sentí una mano de madera sobre el reposabrazos. Estaba sorprendentemente caliente... Con un calor humano.

«No empieces a imaginar cosas, Trina —me reprendí—. El muñeco está caliente porque aquí en el desván hace calor.»

El viento resonaba contra los cristales y rugía en el tejado, que estaba muy cerca sobre nuestras cabezas. De pronto oí un gruñido, una suave risa, un extraño silbido.

Me agaché junto a mi hermano sin hacer caso de los ruidos del desván.

—Bueno, ya estamos aquí -—susurré—. ¿Ahora qué?

—Chsss. —Se llevó un dedo a los labios—. Ahora a esperar.

Apoyamos la espalda contra el sofá. Yo encogí las piernas y me abracé las rodillas.

—No va a venir —dije—. Esto es una pérdida de tiempo.

—Chsss. Tú espera, Trina. Dale tiempo.

Bostecé. Tenía muchísimo sueño y con el calor del desván todavía me adormilaba más. Cerré los ojos y pensé en Zane. Durante la cena le había faltado tiempo para enseñar las fotografías de Rocky.

—No sé quién las ha hecho —se había quejado a mi padre—, pero me han gastado medio carrete.

Papá nos miró furioso a Dan y a mí, pero no nos regañó.

—Ya hablaremos después de cenar —dijo tranquilamente.

—Estoy un poco asustado —declaró Zane con voz temblorosa—. Están pasando cosas muy raras. Es como si los muñecos tuvieran vida propia. —Sacudió la cabeza—. Uf, espero no tener pesadillas esta noche.

—No hablemos de los muñecos ahora —terció mamá—. Zane, cuéntanos cosas de tu colegio. ¿Quién te da clase este año? ¿Qué estás estudiando?

—¿Puedo tomar más patatas? —interrumpió el tío Cal, tendiendo la mano hacia la fuente—. Están tan buenas que me daría un atracón.

Papá echó otro vistazo a los primeros planos de Rocky y luego nos miró furioso a Dan y a mí antes de dejar las fotos en el suelo.

Después de cenar mi hermano y yo nos mantuvimos lo más lejos posible de papá. No teníamos ganas de escuchar otro sermón sobre cómo estábamos aterrorizando a nuestro pobre primito y sobre los castigos que nos iban a caer encima si no cambiábamos de actitud.

Ahora era un poco antes de medianoche y estábamos acurrucados en el desván oscuro, escuchando el viento y los

crujidos de la casa, con la espalda apoyada contra el sofá. Esperando…

Yo seguía con los ojos cerrados, pensando en Zane, en Rocky…

«Dan y yo no estamos solos aquí arriba —me dije medio dormida—. Hay trece muñecos de madera con nosotros. Trece pares de ojos mirando fijamente las tinieblas. Trece sonrisas petrificadas. Excepto la mueca de Rocky, claro.»

Cuerpos vacíos, sin vida… Manos y manos de madera…

Pensando en los muñecos me quedé dormida.

¿Soñé con ellos? Tal vez. No sé cuánto tiempo dormí, pero me despertó el rumor de unos pasos. Unos pasos apagados en el suelo.

Y supe que los muñecos habían cobrado vida.

14

Levanté de golpe la cabeza y me quedé escuchando. Todavía tenía los brazos en torno a las rodillas. Se me habían dormido las manos, me dolía el cuello y tenía la boca seca y con un sabor amargo.

Contuve el aliento al oír un arrastrar de pasos que se acercaban. Me di cuenta de que no eran los muñecos. Era una figura solitaria. Una persona que avanzaba con mucho cuidado hacia el sofá. ¿Por qué me había parecido oír a los muñecos? Debía de haberlo soñado.

Moví las manos para ver si se me pasaba el hormigueo. Ya estaba despierta del todo, totalmente alerta. Los pasos se acercaban más y más. ¿Sería Dan? ¿Dónde estaba Dan? A lo mejor se había levantado mientras yo dormía y ahora volvía al sofá.

Pero no. Escudriñé la oscuridad y vi a Dan de rodillas a mi lado. Me hizo una seña para que me mantuviera en silencio, luego se agarró con ambas manos al respaldo del sofá y se levantó para mirar la habitación. Yo me arrastré hasta el otro extremo del sofá, asomé la cabeza y escudriñé las sombras. Todo eran negros y grises.

El viento aullaba en torno a la casa. Al otro lado de la sala las contraventanas se estremecían y resonaban. Yo tenía ganas dar un grito y salir corriendo a encender la luz, pero Dan me puso la mano en el brazo y se llevó un dedo a los labios, como si me hubiera adivinado las intenciones.

Nos quedamos los dos esperando, totalmente inmóviles, escuchando cada paso, cada crujido de los tablones. La oscura figura se detuvo delante de la silla plegable que había junto al sofá.

Estaba a escasos centímetros de nosotros. Si hubiera querido le habría podido agarrar la pierna.

Intenté verle la cara, pero me lo impedía el sofá. No me atreví a levantar más la cabeza. Entonces oí el ¡clonc! de madera contra madera. El choque de dos cabezas de muñeco. Luego un rumor de tela y el golpeteo de unos zapatos de cuero chocando entre sí. El intruso había cogido a un muñeco de la silla.

Escudriñando las tinieblas alcancé a ver que se lo echaba al hombro. Vi los brazos del muñeco bambolearse a su espalda. La figura se dio la vuelta rápidamente y echó a andar hacia las escaleras.

Entonces salí detrás de ella de puntillas. Atravesé la habitación en silencio, siempre pegada a la pared y conteniendo el aliento. Dan venía detrás de mí. Por fin alcancé el interruptor de la luz justo cuando el intruso llegaba a las escaleras. Lo apreté con mano temblorosa...

¡Sí!

Cuando se encendió la luz Dan y yo gritamos al mismo tiempo.

15

—¡Zane! —gritamos los dos a la vez.

A Zane se le salían los ojos de las órbitas. Abrió la boca y lanzó un agudo gemido de miedo. Se le doblaron tanto las rodillas que creí que se iba a desplomar. Lanzó varios chillidos y luego trató de recuperar el aliento.

—¡Zane, te hemos pescado! —conseguí decir por fin.

Mi primo llevaba a Rocky sobre el hombro.

—¿Qué-qué? —Zane intentaba hablar, pero no le salían las palabras. Empezó a toser. El muñeco se bamboleaba sobre su hombro.

—Lo hemos averiguado todo, Zane —le dijo Dan—. Se acabaron tus trucos. Sabemos que eres el culpable de todo.

Al ver que el primo seguía tosiendo, Dan se acercó a darle unos golpes en la espalda, luego le quitó a Rocky y se lo llevó de nuevo a su silla.

—¿Co-co-cómo lo habéis sabido? —preguntó Zane.

—Lo imaginamos —contesté—. Pero ¿por qué haces esto?

Zane se encogió de hombros y clavó la vista en el suelo.

—No sé, por divertirme un rato.

Le miré furiosa.

—¿Por divertirte? —grité—. Has intentado meternos en un buen lío. ¡Podías habernos arruinado el verano entero!

Zane se alzó de hombros otra vez.

—Es que ahora me tocaba a mí, ¿no crees?

—Bueno —convine rápidamente—. Pero ahora estamos en paz,

¿no?

Asintió con la cabeza.

—Sí, supongo que sí. —Una sonrisa asomó a su rostro—. Os la he pegado bien, ¿eh? Con ese estúpido muñeco apareciendo por todas partes...

Dan y yo nos quedamos muy serios.

—Nos has engañado —murmuré.

—Has engañado a todo el mundo —añadió mi hermano.

Zane sonrió contentísimo. Se notaba que estaba encantado con sus hazañas.

—Bueno, puede que Dan y yo nos lo mereciéramos —admití.

—Pues sí —dijo Zane. ¿Es que nunca iba a dejar de sonreír?

—En fin, ahora que estamos en paz, ¿hacemos una tregua? —pedí—. Se acabaron las bromas con los muñecos y se acabaron los sustos y los líos, ¿de acuerdo?

Zane se mordió el labio y se quedó pensando un rato larguísimo.

—Está bien. Haya paz —dijo por fin.

Nos dimos la mano solemnemente y chocamos los cinco. Entonces los tres nos echamos a reír, no sé muy bien por qué, pero el caso es que nos reíamos como locos. Supongo que porque era muy tarde y teníamos sueño, y porque estábamos contentos de ser amigos. Ya no teníamos por qué gastarnos bromas de mal gusto.

Cuando bajábamos por las escaleras me sentía feliz. Pensaba que ya se habían acabado los sustos con los muñecos.

¿Cómo iba yo a saber que aquello era sólo el principio?

16

Al día siguiente, Dan, Zane y yo fuimos a dar un paseo en bici. El ventarrón había amainado durante la noche y ahora nos acompañaba una suave brisa cálida y aromática. Los árboles seguían desnudos después del invierno y en la tierra brillaba el rocío plateado de la mañana. Pero el aire caliente presagiaba ya la primavera.

Pedaleábamos despacio por un camino de tierra que serpenteaba entre los árboles.

El sol, todavía muy bajo, nos calentaba la cara. Yo me detuve para desabrocharme la chaqueta y señalé un macizo de hojas de narciso que comenzaba a brotar.

—¡Sólo quedan tres meses de colegio! —exclamó Dan. Levantó los puños y lanzó un grito de alegría.

—Este verano vamos de campamento por primera vez —le dije a Zane—. A Massachusetts.

—¡Ocho semanas! —añadió mi hermano encantado.

Zane se apartó el pelo de la frente, se inclinó sobre el manillar de la bicicleta de mi padre y comenzó a pedalear más deprisa.

—Yo no sé lo que haré este verano —dijo—. Nada, seguramente.

—¿Tú qué quieres hacer? —le pregunté.

Zane me sonrió.

—Pues nada.

Los tres nos echamos a reír. Estábamos de muy buen humor. Dan hacía todo el rato el caballito, echándose hacia atrás y levantando la rueda delantera. Zane intentó hacerlo y se estrelló

contra un árbol. Salió volando por los aires y cuando aterrizó, la bici se le cayó encima.

Yo esperaba que se levantara gimiendo y quejándose, como era su estilo. Pero se limitó a ponerse en pie murmurando:

—Genial, Zane.

—¡Hazlo otra vez! —bromeó Dan.

Zane se echó a reír.

—¡Inténtalo tú!

Se sacudió el polvo de los tejanos y volvió a montar en la bicicleta. Luego seguimos pedaleando por el camino, bromeando y riéndonos. Yo creo que era la tregua lo que nos había puesto de tan buen humor. Por fin podíamos relajarnos y dejar de preocuparnos de quién era el culpable.

El camino de tierra terminaba en un pequeño estanque redondo. El agua relucía bajo el sol, todavía medio helada tras el largo invierno. Zane dejó la bici sobre la hierba y se acercó a la orilla a sacar fotos.

—¡Mirad cómo asoman las cañas entre el hielo derretido! —exclamó, disparando la cámara—. ¡Increíble! ¡Increíble! —Se arrodilló y les sacó unas cuantas fotos.

Dan y yo nos miramos. Yo no entendía qué tenían de especial las cañas, pero supongo que por eso no soy fotógrafa.

Cuando Zane se levantó, una ardilla marrón y negra salió disparada por la orilla. Mi primo levantó la cámara y sacó un par de fotos.

—¡Creo que la he cogido! —declaró contentísimo.

—¡Genial! —exclamé. Todo parecía genial esa mañana.

Nos quedamos un rato junto al estanque y luego dimos un corto paseo por el bosque. Cuando empezamos a tener hambre volvimos a casa.

Estábamos a punto de meter las bicicletas en el garaje cuando Zane vio el viejo pozo en la parte trasera del jardín.

—¡Qué guay! —exclamó con los ojos iluminados—. ¡Vamos a verlo!

Saltó de la bici con la cámara en la mano y se acercó corriendo al pozo. Es un pozo de piedra redondo, cubierto de musgo verde. Antes tenía un tejado rojo puntiagudo, pero lo arrancó una fuerte

tormenta y papá se lo llevó.

Cuando éramos pequeños mi hermano y yo nos asustábamos mutuamente imaginándonos que había monstruos viviendo en el pozo. Pero ahora hacía años que no le prestábamos atención. Mi padre decía siempre que lo iba a cegar y a tapar, pero la verdad es que nunca hacía nada.

Zane sacó un montón de fotos.

—¿Todavía tiene agua? —preguntó.

Me encogí de hombros.

—Ni idea.

Dan cogió a Zane por la cintura.

—¡Podríamos tirarte para ver si salpicas!

Zane se zafó de mi hermano.

—Tengo una idea mejor.

Cogió una piedra y la tiró al pozo. Al cabo de un largo rato oímos el ruido del agua muy abajo.

—¡Genial! —exclamó mi primo. Sacó varias fotos más, hasta que se le terminó el carrete.

Luego volvimos a casa a almorzar. Subimos a toda prisa a lavarnos, pero Zane se detuvo en el umbral de su habitación con los ojos fuera de las órbitas y la boca abierta. Se había puesto palidísimo.

Dan y yo nos acercamos corriendo. Nos asomamos a la habitación…

¡Y dimos un grito de horror!

17

—Pero ¡si la han destrozado! —exclamó Dan.

Los tres nos apiñamos en el umbral, mirando fijamente la habitación. Aquello era un auténtico caos. Al principio pensé que tal vez Zane se había dejado las ventanas abiertas toda la noche y el vendaval lo había barrido todo. Pero no tenía mucha lógica.

La ropa estaba fuera del armario, tirada por el suelo, y los cajones de la cómoda volcados sobre la alfombra. Las estanterías estaban vacías y los libros se amontonaban en el suelo, en la cama, por todas partes. Una mesilla de noche estaba tirada de lado, la otra se encontraba patas arriba encima de la cama. Una lámpara yacía en el suelo delante del armario, con la pantalla rota.

—¡Mirad! —Zane señaló el centro de la habitación.

Sobre una montaña de ropa arrugada estaba Rocky, sentado muy derecho con las piernas cruzadas. Nos miraba con su mueca como desafiándonos a entrar.

—¡N-no me lo puedo creer! —exclamé, tirándome del pelo.

—¿Qué es lo que no te crees?

La voz de mi madre me hizo dar un brinco. Había salido de su habitación y se acercaba metiéndose el suéter azul por dentro de los tejanos.

—¡Mamá! —exclamé—. ¡Ha pasado una cosa horrible!

Su sonrisa se desvaneció.

—¿Qué demonios...?

Me hice a un lado para que pudiera ver la habitación de Zane.

—¡Oh, no! —gritó, llevándose las manos a la cara. Tragó saliva

—. ¿Es que han entrado a robar? —preguntó asustada con un hilo de voz.

Fui rápidamente a mirar en mi cuarto, que estaba enfrente.

—No, no creo —dije—. Las demás habitaciones están bien.

—Pero... pero... —Entonces mi madre vio a Rocky sobre la pila de ropa—. ¿Qué hace ahí ese muñeco ?

—No lo sabemos —contesté.

—¿Quién ha hecho esto? —gritó mi madre, todavía con las manos en las mejillas.

—¡Nosotros no! —declaró Dan.

—Hemos estado fuera toda la mañana —añadió Zane sin aliento —. No fuimos ni Trina ni Dan ni yo. No estábamos en casa. Salimos a dar un paseo en bici.

—¡Pues alguien tiene que haber sido! —insistió mi madre—. Alguien ha destrozado a propósito la habitación.

«¿Quién?», me pregunté, mirando aquel caos y el malcarado muñeco.

¿Quién había sido?

18

Todos nos pusimos manos a la obra para ordenar la habitación. Nos llevó toda la tarde.

La lámpara de la mesilla estaba rota, pero lo demás estaba bien. Sólo había que ponerlo en su sitio. Trabajamos en silencio porque ninguno sabía qué decir.

Al principio mi madre quería llamar a la policía, pero no había señales de que hubieran entrado a robar. Todas las demás habitaciones estaban perfectamente.

Cuando mi padre volvió de la tienda todavía estábamos recogiendo. Se puso furioso, claro.

—¿Qué tengo que hacer? ¿Ponerle un candado a la puerta del desván? —nos gritó a Dan y a mí.

Cogió bruscamente a Rocky y se lo echó al hombro.

—Esto ya pasa de castaño oscuro —dijo, mirándonos enfadado —. Sí, esto ya es muy serio.

—¡Pero si no hemos sido nosotros! —protesté por centésima vez.

—Lo que sí es seguro es que no ha sido el muñeco.

«Yo ya no creo que haya nada seguro», pensé. Mientras mi padre se alejaba por el pasillo me quedé mirando la mueca de Rocky. Luego me agaché a recoger la lámpara rota.

Esa noche soñé otra vez con muñecos. Eran un montón. Todos los muñecos del desván estaban bailando en la habitación de Zane, sobre las pilas de ropa y libros, sobre la cama, sobre la mesilla volcada. Rocky bailaba con la señorita Lucy. Wilbur efectuaba una

danza frenética encima de la cómoda y Smiley, el muñeco nuevo, daba palmas con sus manos de madera y movía la cabeza sonriendo en medio de la habitación.

Todos los demás bailaban, moviendo sus manazas por encima de la cabeza y doblando y retorciendo sus flacas piernas. Bailaban en silencio. No había música ni sonido alguno. Y mientras sus cuerpos se bamboleaban y se retorcían, sus rostros eran como de piedra. Se sonreían unos a otros con expresión vacua, sin pestañear, con su espeluznante sonrisa de labios rojos.

Cabeceaban, se doblaban, oscilaban y se bamboleaban, sonriendo, sonriendo, sonriendo continuamente en aquel siniestro silencio.

Hasta que las sonrisas se desvanecieron y comencé a salir del sueño. Me fui despertando despacio. Abrí los ojos... ¡Y me encontré de narices con el malcarado de Rocky! Estaba encima de mí, sobre las mantas, y tendía sus manazas de madera hacia mi cuello.

19

Lancé un chillido de puro terror. Saqué las manos bruscamente y agarré los brazos de Rocky. Luego me puse a dar patadas como loca, apartando las sábanas con los pies y golpeando al muñeco. Sus grandes ojos me miraron como sobresaltados. Le cogí la cabeza y se la aplasté contra la cama.

Entonces me incorporé, temblando de arriba a abajo. Cogí a Rocky por la cintura y lo tiré al suelo. En ese momento se encendió la luz y mis padres irrumpieron en la habitación.

—¿Qué pasa?

—Trina, ¿estás bien?

Los dos se frenaron en seco al ver al muñeco tirado en el suelo junto a mi cama.

—Él... él... —resollé, señalando a Rocky e intentando recuperar el aliento—. Rocky... Se abalanzó sobre mí. Quería ahogarme. Yo me... me desperté y...

Mi padre lanzó un gruñido y se tiró del pelo.

—¡Esto se tiene que acabar! —bramó.

Mi madre se sentó junto a mí en la cama y me abrazó. Yo no podía dejar de temblar.

—¡He pasado tanto miedo! ¡Me desperté y me lo encontré frente a mis narices!

—¡Esto ya pasa de la raya! —gritó mi padre, sacudiendo el puño en el aire—. ¡Pasa de la raya!

Mi madre me tranquilizó a mí primero y luego entre las dos tranquilizamos a papá. Por fin, cuando todos estábamos más

serenos, apagaron la luz y se marcharon. Oí que mi padre llevaba a Rocky al desván otra vez. «Creo que sí que debería ponerle un candado a la puerta», pensé.

Cerré los ojos e intenté no pensar más en Rocky, en Zane, en los muñecos ni en ninguna otra cosa. Al cabo de un rato debí de dormirme.

No sé cuánto tiempo pasó. Me despertó una llamada en la puerta. Primero dos golpes secos, luego dos más.

Me incorporé sobresaltada.

Sabía que Rocky había vuelto.

20

La puerta empezó a abrirse muy despacio con un crujido.

Yo respiré hondo y contuve el aliento, escudriñando la oscuridad.

—¿Trina? —susurró una voz—. Trina, ¿estás despierta?

Cuando la puerta se abrió del todo entró un rectángulo de luz del pasillo. Dan asomó la cabeza y luego entró.

—Trina, soy yo.

Yo solté el aliento en un largo suspiro.

—¿Qué quieres, Dan? —Tenía la voz ronca de sueño.

—Lo he oído todo —contestó mi hermano, acercándose a la cama. Se bajó una manga del pijama y luego me miró—. Zane puso a Rocky en tu cama. ¡Fue Zane!

—¿Cómo? ¿Por qué dices eso? Habíamos hecho una tregua, ¿no te acuerdas? Quedamos con Zane en que se habían acabado las bromas.

—Justo —susurró Dan—. Y ahora Zane piensa que puede asustarnos de verdad porque ya no sospechamos de él. Pero no se ha dado por vencido, Trina. Estoy seguro.

Me mordí el labio. Intenté pensar en lo que decía Dan, pero tenía demasiado sueño.

—Esta mañana, antes de salir con las bicis —prosiguió Dan muy agitado—, Zane subió a su habitación, ¿no te acuerdas? Dijo que se le había olvidado la cámara. Así que tuvo tiempo de destrozar su cuarto antes de que saliéramos.

—Sí, puede ser.

—Y esta noche bajó a Rocky y te lo puso en la cama. Estoy seguro —insistió Dan—. Estoy seguro de que es Zane. Tenemos que escondernos otra vez en el desván. Mañana por la noche. Lo volveremos a atrapar, ya verás.

—¿Escondernos ahí arriba otra vez? ¡De eso nada! —exclamé—. Hace mucho calor y me da miedo. Yo no pienso volver a acercarme a esos muñecos.

Mi hermano suspiró.

—Sé que tengo razón.

—Yo ya no sé nada —repliqué—. No sé nada de nada. —Me metí bajo las sábanas, me tapé hasta la cabeza e intenté dormirme de nuevo.

Al día siguiente mis padres celebraban una cena en honor de Zane y el tío Cal. Habían invitado a los Birch y a los Canfield, que viven en nuestra misma calle, y a la prima Robin y su marido, Fred.

Fred es un gran tipo. Sabe hinchar las mejillas como si fuera una rana, y como es bajito y regordete parece una rana de verdad. Siempre me hace reír. Sabe un montón de chistes buenísimos. Robin se pasa la vida intentando hacerle callar, pero nunca puede.

La verdad es que mis padres no celebran muchas fiestas.

El caso es que les llevó el día entero arreglar el comedor, poner la mesa y hacer la comida.

Mamá preparó una pierna de cordero y papá cocinó su especialidad: patatas al horno al estilo caribeño. Muy picantes.

Compraron flores para la mesa y entre los dos sacaron los platos y los vasos buenos, esos que sólo vemos en las fiestas señaladas.

Cuando nos sentamos a cenar, el comedor estaba precioso. Dan, Zane y yo estábamos en un extremo de la mesa. A Fred lo habían puesto a nuestro lado, supongo que porque es un niño grande. Fred me contó un chiste y yo me eché a reír. En ese momento Zane se levantó de la mesa.

—¿Adonde vas? —pregunté.

—A por mi cámara. Quiero hacerle unas fotos a la mesa antes de que todo quede patas arriba.

Y desapareció por las escaleras.

Unos segundos después oímos un grito.

Todos nos levantamos tan de repente que las sillas rechinaron en el suelo. Yo llegué la primera al cuarto de Zane. Lo vi desde el umbral. Estaba en el centro de la habitación, con una expresión horrorizada. Tenía la cámara en la mano. O más bien lo que quedaba de la cámara.

Parecía que le hubiera pasado un camión por encima. La placa del carrete yacía retorcida en el suelo. El objetivo estaba pisoteado y todo el cuerpo de la cámara estaba doblado y roto.

Zane le daba vueltas, moviendo la cabeza y mirándola tristemente. De pronto vi a Rocky, sentado en la camaleón un carrete gris desenrollado en su regazo.

En ese momento irrumpió mi padre en la habitación, seguido de los invitados.

—¿Qué ha pasado? —preguntó alguien.

—¿Es la cámara de Zane?

—¿Qué está pasando?

—¡Eso es lo que pasa cuando alguien intenta hacerme una foto! —bromeó Fred.

Nadie se rió. No tenía gracia.

Mi padre tenía la cara muy colorada. Cogió la cámara de Zane y la examinó atentamente.

—Esto ya no es una simple travesura —murmuró. Apenas se le oía entre las demás voces de la habitación. Todos se habían puesto a hablar a la vez—. Esto ya no se puede tolerar —dijo mi padre solemnemente. —Se nos quedó mirando a Dan y a mí durante una eternidad, sin decir una palabra.

Zane suspiró. Estaba a punto de echarse a llorar.

—Zane… —comencé.

Pero él dio un grito de furia, se abrió paso entre Fred y los señores Birch y salió corriendo de la habitación.

—Esto es muy grave —dijo mi padre tristemente. Levantó la cámara y pasó el dedo por el objetivo roto—. Era una cámara muy cara y la posesión más preciada de Zane.

Todos los invitados se quedaron en silencio. Papá seguía mirándonos a Dan y a mí. Fue a decir algo más, pero en ese momento se oyó un estrépito ensordecedor en el piso de abajo.

21

—Pero ¿qué está pasando aquí? —exclamó mi padre. Tiró sobre la cama la cámara rota y salió disparado.

Los demás echaron a correr tras él, todos hablando a la vez. Se oían resonar sus pisadas en las escaleras. Yo me volví hacia Dan.

—¿Todavía crees que es Zane el culpable? —pregunté.

Mi hermano se encogió de hombros.

—Puede.

—De eso nada —repliqué—. Zane no iba a destrozar su propia cámara. Estaba loco con ella. No la iba a espachurrar sólo para buscarnos un lío.

Dan me miró preocupado.

—Pues entonces no lo entiendo —declaró con un hililllo de voz. Se le notaba el miedo en la cara.

En el piso de abajo se oyeron gritos de sorpresa y alarma.

—Vamos a ver cuál es la nueva catástrofe —dije, alzando los ojos al techo.

Llegamos juntos a la puerta de la habitación y tuvimos que apretarnos para salir a la vez. A mí me costaba dominar mi propio miedo. Algo muy raro estaba pasando en la casa. Mi padre tenía razón al decir que era muy grave. Destrozar la habitación de Zane era una maldad. Y romperle la cámara también.

Al pensar en Rocky me dio un escalofrío. El muñeco aparecía por todas partes. Cada vez que sucedía una catástrofe, ahí estaba Rocky. «¡Trina, no seas tonta! —me reprendí—. No empieces a pensar que un muñeco de madera puede ser malvado.»

Ya sé que era una locura, pero ¿qué otra cosa podía pensar?

Tenía un nudo en la garganta y se me había quedado la boca seca. Respiré hondo y entré en el comedor. Mi padre estaba en la puerta de la cocina, rodeando a mamá con un brazo. Mi madre tenía la cara enterrada en su manga.

¿Estaba llorando? Sí.

Los invitados estaban pegados a la pared, todos meneaban la cabeza con expresión sombría y desconcertada, murmurando en voz baja.

Era la mesa del comedor. Estaba hecha un desastre, un verdadero desastre.

Lo primero que vi fueron las fuentes volcadas. Las patatas al horno de papá manchaban el mantel.

Había trozos de patata pegados a la pared y en la vitrina de la porcelana. La ensalada estaba tirada por el suelo y sobre las sillas, y el pan hecho migas dispersas por toda la mesa. Las flores habían sido arrancadas de sus tallos y el jarrón volcado, de modo que vertía agua sobre el mantel y el suelo. Todos los vasos estaban volcados también. Una botella de vino tinto iba dejando una oscura mancha roja en el mantel.

Oí los sollozos de mamá y los murmullos con que papá intentaba calmarla. Vi a los invitados mover la cabeza con expresión preocupada y perpleja.

Entonces Dan me cogió del hombro y señaló la cabecera de la mesa. Había dos muñecos sentados en las sillas. Wilbur y el muñeco nuevo, Smiley. Se sonreían el uno al otro con una copa de vino en la mano, como si celebraran algo, como si estuvieran brindando.

22

Esa noche Dan y yo volvimos a escondernos tras el sofá del desván. La sala estaba silenciosa y oscura, tanto que apenas veía a mi hermano sentado junto a mí.

Íbamos los dos en pijama y descalzos. El aire era caliente y seco, pero las manos y los pies se me habían quedado fríos y húmedos.

Estábamos apoyados contra el sofá, con las piernas estiradas, hablando en voz baja y escuchando, pendientes de cada ruido. A pesar de que era casi medianoche no tenía sueño. Estaba alerta, preparada para cualquier cosa. Dispuesta a atrapar de nuevo a Zane con las manos en la masa.

Esta vez había llevado mi pequeña cámara con flash. En cuanto apareciera mi primo para llevarse algún muñeco pensaba hacerle una foto. Así tendría una prueba para enseñar a mis padres.

Sí, por fin me había convencido de que Dan tenía razón. Era Zane quien estaba destrozando la casa e intentando asustar a todo el mundo. Quería que pensáramos que los muñecos habían cobrado vida.

—Pero ¿por qué? —susurré—. ¿Tan mal tratamos a Zane la última vez que ahora está dispuesto a hacer cualquier cosa para vengarse?

—Está loco —contestó Dan—. Es la única explicación. Está como una cabra.

—Pues ya tiene que estar chalado para romper su propia cámara.

—Y más para destrozar el comedor como lo hizo —añadió Dan.

El comedor. Aquello fue lo que me convenció de que Zane era culpable. Todos estábamos arriba, en la habitación de mi primo, mirando su cámara rota. Zane era el único que estaba abajo. Zane era la única persona de la casa que podía haber organizado aquel desastre.

Claro que él había fingido estar horrorizado y perplejo, como si no tuviera ni idea de lo que había pasado.

Qué noche más triste.

Los invitados no sabían qué decir. Aquello era un misterio para el que nadie tenía explicación. El comedor lo limpiamos entre todos. La cena se había echado a perder y no había quien se la comiera. De todas formas, nadie tenía hambre.

En cuanto la sala quedó recogida, todos se marcharon.

—Me temo que habrá conferencia familiar —susurré, una vez a solas con mi hermano—. Ahora sí que nos van a echar un buen sermón.

Pero me equivoqué. Mamá subió corriendo a su habitación y papá dijo que estaba demasiado enfadado para hablar. El tío Cal se ofreció a ir en coche a por un pollo o unas hamburguesas. Mi padre se limitó a mirarlo y se marchó furioso al desván a dejar a Smiley y Wilbur. Le oí cerrar de un portazo. Luego se metió en su habitación para consolar a mamá.

Zane se volvió hacia su padre.

—Me han destrozado la cámara —se quejó.

El tío Cal le puso la mano en el hombro.

—Seguro que el tío Danny te dará alguna nueva de su tienda.

—¡Pero a mí me gustaba la vieja! —gimió Zane.

En ese momento comprendí que era culpable. Era un hipócrita. Estaba haciendo aquel numerito para meternos en líos y asustarnos a Dan y a mí. Pero no nos la iba a pegar. De eso nada.

Me aseguré de que quedaba carrete en mi cámara, cogí a Dan y nos fuimos al desván a esperar en la oscuridad. Pensaba poner fin a los desastres de una vez por todas.

No tuvimos que esperar mucho. Al cabo de una media hora oí unos pasos apagados en el suelo. Contuve el aliento y se me tensó todo el cuerpo de tal manera que casi se me cae la cámara. Dan se arrodilló a mi lado. Yo, con el corazón a mil por hora, me arrastré

hasta el borde del sofá.

Tap, tap. Ruido de pasos en los tablones.

De pronto vi una oscura figura que se inclinaba para coger un muñeco.

—Es Zane —susurré—. ¡Lo sabía!

Le vi llevar el muñeco a las escaleras. Entonces me puse en pie. Me temblaban las piernas, pero reaccioné con rapidez. Levanté la cámara, salí delante del sofá y saqué ía foto.

La sala se iluminó en una explosión de luz blanca. Saqué otra foto y de nuevo destelló el flash. Esta vez vi a Rocky bambolearse sobre el hombro de Zane.

No.

¡No era Zane! ¡Rocky colgaba del hombro de otro muñeco!

¡Smiley! El muñeco nuevo se llevaba a Rocky hacia las escaleras.

23

Smiley se volvió. Tanteé la pared buscando el interruptor y por fin encendí la luz. Me quedé petrificada delante del sofá, tan sobresaltada que no podía ni moverme.

—¡Alto, Smiley! —chillé.

La sonrisa del muñeco se desvaneció. Me miró con los ojos entornados.

—No soy Smiley —declaró con voz ronca y rota—. Me llamo Slappy.

De nuevo se volvió hacia las escaleras.

—¡Deténlo! —le grité a mi hermano.

Nos lanzamos los dos tras él. Slappy dio media vuelta bruscamente y arrojó a Rocky contra Dan. Yo agarré a Slappy por la cintura y lo tiré al suelo. Él manoteaba violentamente y consiguió darme un puñetazo en la frente.

—¡Aah! —exclamé.

La estrecha cintura del muñeco se me escapó de las manos. Slappy se levantó ágilmente, con una sonrisa torcida. ¡Estaba disfrutando!

Me dio una patada en el costado con su zapatón de cuero. Yo me aparté rodando. Todavía me dolía el golpe en la cabeza. Cuando me di la vuelta vi que Dan había cogido al muñeco por la espalda. Mi hermano le dio un cabezazo por detrás y los dos cayeron al suelo.

—¡Suéltame, esclavo! —exclamó Slappy con su voz ronca y desagradable—. ¡Ahora eres mi esclavo! ¡Suéltame, te lo ordeno!

Mientras Dan y Slappy peleaban en el suelo, yo me incorporé

sobre las rodillas.

—¡Tiene mucha fuerza! —me gritó Dan.

Slappy se le puso encima y comenzó a pegarle con sus puños de madera. Yo cogí al muñeco por los hombros y tiré con todas mis fuerzas. Slappy no dejaba de agitar las manos.

—¡Suéltame! ¡Suéltame! —chillaba—. ¡Suéltame, esclava!

—¡Deja a mi hermano! —exclamé yo.

Estábamos armando tanto jaleo que no oí abrirse la puerta de las escaleras del desván. Tampoco oí los pasos que subían.

—¡Papá! —exclamé sin aliento al verlo aparecer—. ¡Papá, mira!

—¿Pero qué demonios...?

—¡Papá, está vivo! ¡Este muñeco está vivo! —chillé.

—¿Cómo? —Mi padre entornó los ojos tras las gafas para mirar al muñeco que estaba en el suelo. Slappy yacía inmóvil junto a Dan, con un brazo retorcido a la espalda, las piernas dobladas y su sonrisa pintada, mirando al techo sin ninguna expresión.

—¡Está vivo! —repitió Dan—. ¡De verdad! ¡Fue él quien cogió a Rocky! —declaró con voz chillona y nerviosa—. Dijo que se llamaba Slappy. ¡Se iba a llevar a Rocky abajo!

Mi padre chasqueó la lengua y movió la cabeza.

—Déjalo ya, Dan —murmuró enfadado—. No quiero oír una palabra más. —Nos miró a los dos—. Sabía que erais vosotros los culpables de todo.

—Pero, papá... —protesté.

—No soy tonto —dijo mi padre—. Cómo me voy a creer que un muñeco ha cobrado vida y anda por ahí arrastrando a otro muñeco. Os habéis vuelto locos los dos.

—Pero es verdad —insistió Dan.

Ambos nos quedamos mirando a Slappy. Desde luego no parecía vivo. Por un momento tuve la horrible sensación de que lo había soñado todo. Pero entonces me acordé de una cosa.

—¡Tengo una prueba! —exclamé—. Papá, te puedo demostrar que Dan y yo decimos la verdad.

Mi padre se frotó el cuello.

—Estoy agotado —gimió—. Ha sido un día espantoso. No empeores las cosas, Trina, por favor.

—¡Pero es que le he sacado fotos! —dije—. ¡Tengo fotos de

Slappy llevando a Rocky!

—Trina, te lo advierto…

Yo me di la vuelta, buscando mi cámara. ¿Dónde estaba? Tardé un momento en verla en el suelo, contra la pared. Fui corriendo a cogerla… Y me detuve a medio camino.

Estaba abierta. La película estaba a la luz y las fotos se habían velado. La cámara se me debió de escapar de las manos al intentar atrapar a Slappy. La cogí y la examiné tristemente.

Sin fotos no había ninguna prueba.

Mi padre me miró ceñudo.

—No me hagas perder más tiempo, Trina. Estáis los dos castigados hasta nuevo aviso. Estoy muy enfadado con vosotros. Mamá y yo pensaremos en otros castigos cuando se marche vuestro primo. —Señaló a Slappy y a Rocky—. Guardadlos ahora mismo. No quiero volver a veros en el desván ni que os acerquéis a mis muñecos. De momento no tengo nada más que decir. Buenas noches.

Dio media vuelta y se marchó. Yo miré a Dan y me encogí de hombros. No sabía qué decir. El corazón me latía a toda velocidad. Estaba tan furiosa y preocupada que el pecho me iba a explotar.

Me agaché para recoger a Slappy y el muñeco me guiñó un ojo. Ensanchó su fea sonrisa y luego frunció los labios y se puso a hacer un asqueroso ruido de besos.

24

—¡No me toques, esclava! —gruñó.

Yo retrocedí de un brinco. Todavía no me podía creer que aquello estuviera pasando. Tuve que abrazarme para dejar de temblar.

—¿Estás... estás vivo de verdad? —preguntó Dan suavemente.

—¡Puedes apostar la cabeza! —bramó el muñeco.

—¿Qué quieres? —dije—. ¿Por qué nos haces esto? ¿Por qué quieres meternos en líos?

El muñeco sonrió todavía más.

—Si me tratáis bien, esclavos, tal vez no os busque más problemas. Puede que tengáis suerte. —Se dio unos golpecitos en la cabeza y añadió—: Tocad madera.

—¡No somos tus esclavos! —protesté.

Él echó atrás la cabeza y lanzó una seca carcajada.

—¿Quién es aquí el alcornoque, tú o yo?

—¿Fuiste tú el que llevaste a Rocky abajo todas las veces? —preguntó Dan. Se notaba que también a él le costaba creer lo que veía.

—No pensarás que ese montón de leña anda solo, ¿verdad? —replicó Slappy con desdén—. La verdad es que me lo he pasado muy bien con él. Lo fui dejando en los escenarios del crimen para daros pistas falsas. Para despistaros, esclavos.

—¿Fuiste tú quien rompió la cámara de Zane y destrozó el comedor? —pregunté.

Él entornó los ojos hasta convertirlos en dos rendijas siniestras.

—Haré cosas mucho peores si no me obedecéis, esclavos.

Notaba que la furia iba creciendo dentro de mí.

—¡Lo vas a estropear todo! —chillé—. ¡Nos vas a buscar una ruina! ¡Vas a conseguir que no nos manden al campamento este verano!

Slappy soltó una risita desdeñosa.

—No iréis al campamento. Os quedaréis en casa para cuidar de mí.

—¡De eso ni hablar!

Le cogí la cabeza con las manos y empecé a tirar. Recordé que cuando mi padre lo encontró, tenía la cabeza partida en dos. Ahora pretendía arrancársela para volvérsela a partir.

Slappy daba patadas y manoteaba frenético. Sus zapatones me golpeaban las piernas, pero yo seguí tirando, tirando, tirando. Tenía que arrancarle la cabeza.

—¡Déjame a mí! ¡Déjame a mí! —gritó Dan.

Con un suspiro tiré al muñeco al suelo.

—Es inútil —dije—. Papá se la pegó muy bien.

Slappy se levantó y movió la cabeza.

—Gracias por el masaje, esclava. ¡Ahora ráscame la espalda! —Lanzó una risa seca y antipática que más bien parecía una tos.

Dan se lo quedó mirando horrorizado.

—Trina, ¿qué vamos a hacer? —preguntó con un hilillo de voz.

—Jugaremos a «patear al muñeco por las escaleras» —sugirió Slappy con una mueca—. Seremos el muñeco por turnos. ¡Empiezas tú!

—¡Te-tenemos que hacer algo! —exclamó Dan—. ¡Es un monstruo! ¡Es diabólico! ¡Tenemos que librarnos de él!

«¿Pero cómo? —me pregunté—. ¿Cómo?»

Entonces se me ocurrió una idea.

25

Slappy debió de leerme el pensamiento. Dio media vuelta y echó a correr, pero yo me lancé sobre él y conseguí cogerle las delgadas piernas. Empecé a retorcérselas, con intención de hacerle un nudo. Él lanzó un áspero grito de furia y me asestó un manotazo en la oreja. Pero yo no lo solté.

—¡Dan, cógele los brazos! ¡Deprisa!

Mi hermano reaccionó a toda velocidad. Slappy intentó quitárselo de encima a golpes, pero Dan los esquivó, lo agarró por las muñecas y aguantó.

—¡Soltadme, esclavos! —resolló el muñeco—. Soltadme ahora mismo. ¡Os arrepentiréis! ¡Me las vais a pagar!

Vi que Dan tenía miedo. Slappy se soltó una mano e intentó darle un golpe en el cuello, pero mi hermano volvió a cogerle el brazo.

De pronto sentí que me miraban. Alcé la cabeza y vi a los demás muñecos de la sala. Parecían contemplar nuestra pelea como un público inmóvil y silencioso. Cogí un pañuelo rojo que llevaba al cuello uno de los muñecos y se lo metí en la boca a Slappy para hacerle callar.

—¡Abajo, deprisa! —indiqué a mi hermano.

El muñeco se retorcía y se agitaba, intentando liberarse, pero yo le había atado las dos piernas y Dan le tenía cogidos los brazos con fuerza.

Echamos a andar hacia las escaleras.

—¿Adonde lo llevamos? —preguntó Dan.

—Fuera —contesté. El muñeco se retorcía tanto que casi se me cae.

—¿En pijama?

Asentí con la cabeza y seguí retrocediendo hacia las escaleras. Slappy intentaba con todas sus fuerzas liberarse. Estuve a punto de perder el equilibrio y caerme de espaldas.

—No avanzamos nada —gemí.

No sé cómo llegamos a las escaleras. Allí tuve que soltar una mano para abrir la puerta. Slappy sacudió las piernas, intentando desatárselas. Por fin conseguí abrir y cogerlo otra vez.

Mi hermano y yo salimos con el muñeco. La noche era fresca y clara. Una ligera escarcha plateada cubría la hierba y la media luna brillaba entre los árboles.

—¡Ay! —exclamé, al pisar descalza la hierba helada.

—¡Qué frío! —se quejó Dan—. No podré aguantar mucho tiempo.

Estaba temblando. De pronto, unas nubes ocultaron la luna y el jardín se oscureció. Me temblaban las piernas y el frío húmedo traspasaba mi fino pijama.

—¿Adonde lo llevamos? —susurró Dan.

—A la parte trasera.

Slappy seguía dando patadas, pero yo lo agarraba con fuerza.

Algo pasó corriendo junto a mi pie, y se oyó el rumor de unos pasos correteando por el suelo. ¿Sería un conejo? ¿Un mapache? No me paré a verlo. Seguí retrocediendo, siempre sosteniendo a Slappy por los tobillos.

—¡Tengo los pies congelados! —se quejó Dan.

—Ya casi hemos llegado.

Slappy lanzaba roncos gritos con el pañuelo en la boca. Sus ojos redondos se movían como locos. Dan y yo lo arrastramos hasta la parte trasera del jardín. Para cuando llegamos al pozo yo también tenía los pies helados y temblaba de frío de la cabeza a los pies.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Dan en voz baja.

De pronto se fueron las nubes y aparecieron de nuevo las sombras. La plateada luz de la luna iluminó el pozo de piedra.

—Vamos a tirarlo al pozo.

Dan me miró sorprendido.

—Este muñeco es diabólico —dije—. No tenemos más remedio.

Pusimos a Slappy sobre la piedra del brocal del pozo. Seguía retorciéndose y dando patadas e intentaba gritar a pesar de la mordaza. Dan se estremeció otra vez.

—Es un muñeco diabólico —repetí—. No es una persona, sino un maldito muñeco de madera.

Los dos lo empujamos a la vez. Slappy cayó por el agujero. Nos quedamos esperando hasta oír el ruido del agua, muy abajo. Luego volvimos a casa.

«¡Se acabó! —pensé—. Menos mal que ese malvado muñeco ha desaparecido para siempre.»

Esa noche dormí estupendamente y no soñé con muñecos ni nada. Al día siguiente, Dan y yo nos encontramos en el pasillo. Los dos sonreíamos. Estábamos de muy buen humor. Yo incluso iba cantando mientras bajábamos a tomar el desayuno.

Mi padre nos saludó en la puerta de la cocina con expresión enfadada.

—¿Qué hace esto aquí? —preguntó.

Señalaba la mesa. Allí estaba sentado Slappy, con su fea sonrisa pintada y una expresión de inocencia en los ojos.

26

Dan se quedó con la boca abierta y yo solté un grito.

—No os hagáis los sorprendidos. Sacadlo de aquí ahora mismo —dijo mi padre enfadado—. ¿Y por qué está mojado? ¿Es que lo habéis paseado bajo la lluvia?

Miré la ventana de la cocina. Los rayos llameaban en un oscuro cielo gris y una cortina de agua golpeaba el cristal. Se oían truenos sobre nuestras cabezas.

—No hace una mañana muy bonita que digamos —dijo el tío Cal, que había aparecido detrás de Dan.

—Te tengo listo el café —anunció mi padre.

—Ya veo que nuestro amigo ha llegado el primero —bromeó Cal, señalando a Slappy.

La sonrisa del muñeco pareció hacerse más ancha.

—Llévatelo de aquí, Trina —repitió papá—. ¿Alguien quiere tortitas? —Se acercó a la alacena a coger una sartén.

—A mí hazme un montón. Me muero de hambre —dijo Cal—. Voy a ver si Zane se ha despertado. —Y salió corriendo de la cocina.

Papá estaba hurgando en el armario, revolviendo potes y sartenes en busca de la que siempre utilizaba para hacer tortitas.

—Papá, tengo que decirte una cosa —comencé suavemente. No podía aguantarme más. Tenía que contarle toda la verdad—. Papá, Slappy está maldito —declaré—. Está vivo y es diabólico. Dan y yo lo tiramos anoche al pozo. Teníamos que librarnos de él. Pero ahora... ahora ha vuelto. Tienes que ayudarnos. Tenemos que deshacernos de él ahora mismo.

Respiré hondo. Me sentía mucho mejor después de desahogarme por fin. Mi padre sacó la cabeza de la alacena y se volvió hacia mí.

—¿Decías algo, Trina? Estaba armando tanto estrépito que no he oído nada.

—Papá, yo... yo...

—¡Llévate ese muñeco de aquí ahora mismo! —gritó mi padre. Volvió a meter la cabeza en el armario—. ¿Cómo puede desaparecer una sartén?

Yo suspiré decepcionada. Un fuerte trueno me hizo dar un respingo. Le hice una seña a Dan para que me ayudara con Slappy y cogí al muñeco por la cintura, intentando mantenerme lo más lejos posible de él. Slappy tenía el traje gris empapado y los zapatos chorreando agua.

Estábamos a medio camino del desván cuando Slappy parpadeó y soltó una risita.

—Lo habéis intentado, esclavos —dijo con su voz ronca—. Pero daos por vencidos. No voy a desaparecer jamás. ¡Jamás!

27

Qué mañana más horrible. La lluvia repiqueteaba en las ventanas, los rayos crepitaban en un cielo gris carbón y los truenos restallaban tan cerca que sacudían la casa.

Yo me sentía como si tuviera la tormenta dentro de mi cabeza, como si los densos nubarrones pesaran sobre mí, como si los truenos retumbaran en mi cerebro, ahogando mis pensamientos.

Dan y yo nos dejamos caer en el sofá del cuarto de estar y nos pusimos a contemplar la tormenta a través de las cortinas venecianas del ventanal. Se nos tenía que ocurrir alguna buena idea, una forma de librarnos de Slappy.

La sala estaba helada. El aire frío y húmedo se filtraba por la vieja ventana. Me froté las mangas del jersey para entrar en calor. Estábamos solos en casa. Mis padres, el tío Cal y Zane habían ido a la ciudad.

—He intentado contárselo a papá —dije—. Ya me has visto, Dan. He intentado explicarle lo de Slappy, pero no me oyó.

—De todas formas no te habría creído, Trina —suspiró Dan tristemente—. ¿Quién se lo iba a creer?

—¿Cómo ha podido cobrar vida un muñeco de madera? —pregunté moviendo la cabeza—. ¿Cómo?

Entonces se me ocurrió una idea.

Me levanté de un brinco y cogí a mi hermano del brazo.

—Ven.

—¿Adonde?

—Al desván. Creo que ya sé cómo dejar muerto a Slappy para

siempre.

Al llegar a la puerta del desván me detuve un momento.

—No hagas ruido —indiqué—. Puede que esté dormido. Si es así mi plan irá mucho mejor.

Cuando abrí la puerta restalló un trueno. Empecé a subir las escaleras muy despacio, con mucho cuidado. La lluvia martilleaba en el tejado, y en el techo se reflejaba el destello de los relámpagos.

Cuando llegué arriba me volví hacia la colección de muñecos. Un relámpago arrojó durante un instantes las sombras de sus cabezas sobre la pared. Todas parecían moverse. Dan se me acercó.

—Ya estamos aquí. ¿Ahora qué? —susurró.

Yo me llevé el dedo a los labios y eché a andar de puntillas. Otro trueno estalló. Ahora que estábamos tan cerca del tejado la tormenta sonaba mucho más fuerte.

Esa misma mañana, Dan y yo habíamos traído a Slappy y lo habíamos dejado tirado en el suelo. Estábamos demasiado asustados para perder el tiempo colocándolo en su silla. Sólo queríamos dejarlo allí y salir volando.

Vi al muñeco a la luz de otro relámpago. Yacía de espaldas en medio de la sala. Los otros estaban sentados en torno a él con sus siniestras sonrisas.

Me acerqué unos pasos, haciendo el menor ruido posible, y miré al muñeco diabólico. Tenía las piernas retorcidas y los ojos cerrados. ¡Sí! Estaba dormido. Fui a acercarme más, pero Dan me cogió del brazo.

—¿Qué vas a hacer, Trina?

Slappy seguía dormido. Los truenos estallaban sin cesar. Era como si estuviéramos en el ojo de la tormenta.

—¿Te acuerdas de las palabras aquellas tan raras que leí? —susurré, sin apartar los ojos del muñeco—. Las que estaban en aquel papel...

Dan se quedó pensando un momento antes de asentir con la cabeza.

—Bueno, pues tal vez esas palabras le dieron vida —susurré—. A lo mejor es una especie de hechizo secreto.

Dan se encogió de hombros.

—Puede. —No parecía muy convencido.

—Tú volviste a meterle el papel en el bolsillo de la chaqueta —prosegui yo—. Voy a leer otra vez las palabras. A lo mejor así Slappy se vuelve a dormir.

Sí, ya sé que era una idea un poco rara, pero más raro era que un muñeco cobrara vida, y más todavía que intentara convertirnos en sus esclavos.

Todo era una locura, así que a lo mejor mi idea era tan loca que daba resultado.

—Buena suerte —me susurró mi hermano.

Me acerqué a Slappy, me arrodillé junto a él y respiré hondo. Luego fui bajando la mano muy, muy despacio, hacia el bolsillo donde estaba el papel. ¿Podría sacarlo sin despertar al muñeco?

Seguí bajando la mano más y más hasta llegar a tocar su chaqueta. Conteniendo el aliento metí dos dedos en el bolsillo.

—¡Te cogí! —chilló Slappy, alzando las manos bruscamente. Me agarró las muñecas y empezó a apretar.

28

Me llevé tal susto que casi me caigo encima de él. Mientras yo me tambaleaba intentando recuperar el equilibrio, él me apretaba cada vez más las muñecas, tanto que casi me cortaba la piel.

—¡Suéltame! —grité. Intenté librarme de su presión, pero Slappy era demasiado fuerte. Sus duros dedos se me hundían cada vez más en las muñecas. Me estaba cortando la circulación—. ¡Que me sueltes! ¡Suelta! —gemí con voz chillona.

—¡Yo doy las órdenes aquí, esclava! —siseó él—. Tú me obedecerás. ¡Me obedecerás para siempre! Si no me las pagarás.

—¡Suéltame! ¡Suéltame!

Seguí tratando de librarme de sus manos. Logré ponerme en pie, pero Slappy no me soltaba. Alcé los brazos y los bajé. El muñeco se elevó en el aire y cayó de golpe contra el suelo, pero siguió sujetándome las muñecas. No conseguía liberarme.

Un intenso dolor me recorría los brazos, los costados, todo el cuerpo.

—¡Levántame, esclava! Levántame y ponme en mi silla.

—¡Suelta! —grité—. ¡Me vas a romper las muñecas! ¡Suéltame!

El muñeco lanzó una seca carcajada. Me dolía todo tanto que se me doblaron las piernas y me caí al suelo de rodillas. Entonces Dan se lanzó al ataque. Yo pensé que iba a cogerle las manos a Slappy para que me soltara. Pero no. Dan fue directo a su bolsillo. El muñeco me soltó, pero ya era demasiado tarde. Mi hermano le había sacado el papel de la chaqueta. Slappy intentó arrebatárselo, pero sin resultado. Dan desdobló el papel y leyó a gritos las

misteriosas palabras allí escritas:

—*Karru marri odonna loma molonu karrano.*

¿Funcionaría? ¿Volvería a dormirse Slappy?

29

Me froté las muñecas doloridas, con la vista fija en el sonriente muñeco. Slappy me guiñó un ojo y sus carcajadas se alzaron por encima de los truenos y del constante martilleo de la lluvia.

—¡Así no me podéis derrotar, esclavos! —exclamó alegremente.

Retrocedí un paso. Un escalofrío me recorrió la espalda y me estremecí de la cabeza a los pies. Mi plan no había funcionado. Era mi único plan, un plan desesperado. Un completo fracaso.

Dan estaba igualmente decepcionado. El papel se le cayó de las manos y bajó flotando al suelo.

—¡Ésta me la pagaréis! —nos amenazó Slappy—. Os arrepentiréis de vuestro estúpido intento de derrotarme.

Apoyó las manos en el suelo para ponerse de pie. Yo retrocedí y justo en ese momento vi que los muñecos se movían. Todos. Se deslizaban de las sillas, del sofá. Estiraban sus flacos brazos, flexionaban sus manazas de madera.

Comenzaron a avanzar hacia nosotros, meneando las cabezas y doblando las rodillas.

¡Estaban todos vivos! Doce muñecos habían cobrado vida con las extrañas palabras que Dan había pronunciado. Doce muñecos que avanzaban torpemente hacia nosotros con los ojos muy abiertos, arrastrando sus zapatones, mirándonos fijamente. Estábamos atrapados.

Los muñecos no dejaban de acercarse con sus movimientos rígidos y sus sonrisas congeladas.

Nos tenían rodeados.

30

Wilbur cojeaba hacia nosotros, tendiendo sus manazas desconchadas como si quisiera atraparnos. La señorita Lucy se acercaba con un brillo helado en sus grandes ojos azules. Arnie lanzó una risita aguda sin dejar de caminar.

Estaban cada vez más cerca. Dan y yo dimos media vuelta, pero no había dónde huir.

Los zapatones de los muñecos se arrastraban por el entarimado. Las rodillas se les doblaban a cada paso. Parecía que fueran a caerse, pero no dejaban de avanzar, meneando siempre la cabeza.

¡Estaban vivos! ¡Eran criaturas vivas de madera!

Dan se llevó las manos a la cara como para protegerse. Yo retrocedí, pero por detrás se acercaban más muñecos. Respiré hondo, contuve el aliento y permanecí esperando. En cualquier momento sentiría encima sus manazas.

Me quedé de piedra al ver que Wilbur y Arnie pasaban junto a nosotros y seguían adelante. Todos los muñecos pasaron sin hacernos nada, como si ni siquiera nos vieran. Era increíble. Estaban rodeando a Slappy. Rocky lo cogió por el cuello, Lucy por los zapatos. Luego el círculo de muñecos se fue cerrando en torno a él.

No vi lo que le hacían. Sólo veía cómo agitaban sus flacos brazos. Estaban golpeando a Slappy. ¿Estarían destrozándolo? Se oían los gritos aterrorizados del muñeco.

Dan y yo nos abrazamos, contemplando aquel insólito espectáculo. Los muñecos parecían jugadores de rugby

amontonados. Gruñían, gemían y murmuraban con voces roncas sin dejar de agredir a Slappy. A éste ni se lo veía. Sólo se oían sus gritos.

Entonces oí algo más. La puerta del desván. ¡Alguien subía por las escaleras!

Alguien se acercaba.

31

Le di un codazo a Dan para que mirara las escaleras y los dos lanzamos un grito al ver aparecer a Zane, que nos contemplaba desde el otro extremo del desván. ¿Habría visto a los muñecos? ¿Se habría dado cuenta de que estaban vivos?

Me volví otra vez, a tiempo de ver que todos los muñecos se desplomaban unos encima de otros.

—¡Eh! —exclamé con el corazón acelerado. Parpadeé varias veces. No me lo podía creer.

Los doce muñecos yacían sin vida en el suelo, con los brazos y las piernas enredados, las bocas abiertas y mirando el techo sin expresión alguna. Slappy estaba en medio, hecho un guiñapo, con los ojos apagados y su sonrisa de madera. Completamente muerto. Tan muerto como los demás.

¿Habrían conseguido destruir su personalidad diabólica? ¿Quedaría Slappy convertido en un trozo de madera para siempre?

No tuve tiempo de pensar en ello. Zane se acercó corriendo con expresión enfadada y la vista fija en el revoltillo de muñecos.

—¡Os cogí! —exclamó—. ¡Os he pescado planeando otra de las vuestras! ¡Sabía que erais los culpables! ¡Pienso decírselo al tío Danny!

32

Por supuesto, nadie nos creyó a Dan y a mí.

Por supuesto, todo el mundo creyó a Zane.

Estábamos metidos en el mayor lío de nuestra vida. Nos habían castigado para siempre. Probablemente no nos dejarían salir de casa hasta cumplir los cuarenta años.

Al día siguiente, Zane y el tío Cal se estaban despidiendo en la puerta.

Ya sé que es terrible decir esto, pero la verdad es que Dan y yo nos alegrábamos de que Zane se marchara.

—Espero no volver nunca —me susurró éste en el pasillo. Luego dedicó una hipócrita sonrisa a mis padres.

—Zane, ¿qué cámara te gustaría tener? —le preguntó mi padre, poniéndole la mano en el hombro—. Pronto será tu cumpleaños y me gustaría mandarte una cámara nueva.

Zane se encogió de hombros.

—Gracias, pero ya no me interesa la fotografía.

Mis padres enarcaron las cejas, sorprendidos.

—Bueno, ¿qué te gustaría entonces por tu cumpleaños, Zane? —preguntó mi madre—. ¿Te interesa alguna otra cosa?

Zane bajó la vista tímidamente.

—Pues... la verdad es que me gustaría hacerme ventrílocuo como tú, tío Danny.

A mi padre se le iluminó la cara.

Ese imbécil de Zane había dicho justo lo que tenía que decir.

—A lo mejor le puedes dejar a Zane algún muñeco —sugirió el

tío Cal.

Papá se frotó la barbilla.

—Sí, puede ser. —Se volvió hacia mí—. Trina, sube al desván y coge un buen muñeco para Zane. No de los viejos, sino uno que esté bien.

—Ahora mismo, papá —me apresuré a contestar.

Subí corriendo al desván, esperando que no hubieran visto la enorme sonrisa que puse.

¿A que no adivináis el muñeco que elegí para Zane?

Ya sé que tuve muy mala intención, pero no me quedó más remedio.

—Éste está muy bien, Zane —le dije unos instantes después, poniéndole al sonriente muñeco en los brazos—. Se llama Slappy. Creo que pasaréis muy buenos ratos juntos.

Espero que mi primo se divierta practicando la ventriloquia, aunque me da la sensación de que tendrá algún problemilla. Porque cuando Zane se llevaba a Slappy en el coche, el muñeco me guiñó el ojo.



R. L. STINE. Nadie diría que este pacífico ciudadano que vive en Nueva York pudiera dar tanto miedo a tanta gente. Y, al mismo tiempo, que sus escalofriantes historias resulten ser tan fascinantes.

R. L. Stine ha logrado que ocho de los diez libros para jóvenes más leídos en Estados Unidos den muchas pesadillas y miles de lectores le cuenten las suyas.

Cuando no escribe relatos de terror, trabaja como jefe de redacción de un programa infantil de televisión.